

Muestra en Prosa

de
Rolando
Revagliatti

Ediciones Recitador Argentino

“Muestra en Prosa” de Rolando Revagliatti

Epílogo: Simón Esain

Esta edición-e reproduce, con correcciones, la edición soporte papel de 1994 a través de Stevenson Librería-Editorial. Además, se añaden dos textos nunca incorporados a libro. Aquella edición incluyó ilustraciones de Rafael Marín, Sergio Bonzón, Dimas Coello, Elisabet Clemente, Félix Cuadrado-Lomas, José Cirigliano, Ester Suaya, Pablo Ruina, Cristina Siri, Simón Esain, Mariana Rodríguez, Olivia de Berardinis.

Los textos que conforman esta edición han ido socializándose en más de 150 medios gráficos. Entre ellos, periódicos “EL NUEVO SIGLO” & “EL PICAPICA” de Colombia; revistas “SEMBLANZA” & “REPERTORIO AMERICANO” de Costa Rica; revista “TAMBOR” de República Dominicana; revistas “TEXTURAS” & “TRIBUNA DE LA CULTURA” de España; revista “EL CUENTO” & en el suplemento cultural del periódico “Excelsior”: “ARENA” de México; revista “LETRAS DE HOJE” de Brasil; revista “IL MAJAKOVSKIJ” de Italia; periódico “LA JUVENTUD” de Uruguay; revista “SACRO” de Ecuador; revistas “RIMBAUD” & “EUROPOESIE” de Francia; en la “COLECCIÓN LETRAS AL VIENTO” de la Editorial La Espada Rota, de Venezuela; en la revista “PARNASO” de Perú; en las revistas “AÑAÑUCA” & “EL GATO SIN BOTAS” de Chile; en los periódicos “EL TIEMPO” de Azul & “EL NORTE” de San Nicolás de los Arroyos, ambos de la provincia de Buenos Aires; en las revistas “CIUDAD GÓTICA”, “EXTREMAFICCIÓN”, “CLEPSIDRA”, “NAPENAY”, “UNICORNIO”, “SR. NEÓN” de la Argentina, así como también en “BREVE ANTOLOGÍA ERÓTICA” (Ediciones El Candirú, Junín, Buenos Aires, 1999) & Antología de Narrativa Breve “TODO ES CUENTO” (Ediciones Ronda Literaria, Temperley, Buenos Aires, 2006).

Textos de este libro han sido traducidos, y así difundidos, al catalán por Julián Gustems, al francés por Philippe Caquant, al italiano por María Luz Loloy Marquina.

Se permite –y agradece- la publicación total o parcial de “Muestra en Prosa”, por cualquier medio, citando la fuente.

© **Rolando Revagliatti**, 1994-2007

© **Stevenson Librería Editorial**, 1994 (de la primera edición en papel)

© **Ediciones Recitador Argentino**, 2007 (de la primera edición como libro electrónico)

Diseño : Realizado según indicaciones del autor

Armado de originales : **L.J.Silver** <silver_en_papel@yahoo.com.ar>

Esta edición electrónica se terminó de convertir a ceros y unos virtuales el 13 de diciembre de 2007, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, La Argentina.

Para ver los datos presentes en la primera edición, pinchar **acá**

Índice

La corriente

La corriente-----	10
Redactor -----	13
Huir -----	14
Cuento corto-----	15
Grupo -----	16
Corpulencia -----	18
En la mira-----	19
Pares -----	20
Pacto -----	22
Nimbo -----	23
Solo -----	24
Semblanza -----	25
Lineal -----	26
Octava internación -----	29
El poema de Miguel-----	30
Recién nacida-----	34
Gabriela -----	36
Informe-----	39
Nunca soñé -----	42

Más historietas del amor

Confieso -----	45
Señorita -----	46
Me cuenta mi señora -----	47
Derroteros -----	48
Novios -----	49
Retazo-----	50
Mario y yo-----	51
Conductor -----	52
Artista-----	54
Film -----	55

Vista apaisada del ombligo

Infantil -----	59
Comida -----	61
Familia -----	63
De incógnito -----	66
Circo -----	70
Travesía -----	73
Madre bañando a su hijo -----	76
Suicidio -----	80
Viejos -----	83
Personajes -----	86
El ombligo oblongo -----	91

Epílogo ----- 100

Muestra en Prosa

La corriente

La corriente

Una anciana baja al pavimento y vuelve a subir a la vereda, sosteniéndose en un Ford Falcon bordó estacionado sobre J. A. Pacheco de Melo (y casi avenida Pueyrredón). El semáforo está descompuesto. Muchos taxis ocupados. Otra anciana, aferrada a una mujer con anteojos *abumados*, cruza Pacheco de Melo, y recién entonces la primera, la amedrentada, emprende el esfuerzo superior de cruzar, más bien descuajeringándose.

Hoy, en análisis, me quedé en el repaso sustancioso y pormenorizado de mis padecimientos físicos. Y en que ayer conocí al médico de la familia de Susy, especialista en huesos. Le llevé las radiografías de espalda y rodilla derecha que me saqué a fines de septiembre por indicación del traumatólogo de la obra social, quien, además, determinara tratamiento kinésico en base a masajes, onda corta, ultrasonido, lámpara y ejercicios. Me preocupa la rodilla: molesta tan-

to al subir escaleras. Lo de la espalda es ya crónico, estoy resignado, hace media vida que me duele en ciertas posiciones y cuando escribo a máquina. El tratamiento kinésico resultó un paliativo, y exclusivamente para la rodilla. Pero desde hace dos semanas está la rodilla como antes de haberlo comenzado. Por otra parte, este médico le otorgó trascendencia a los vestigios de sangre detectados en la orina. En el examen de la rodilla localizó la movilidad excesiva de la rótula, me explicó la función de los ligamentos, confirmó que las radiografías no evidencian lesión, y encomendó placas de ambas rodillas con piernas flexionadas. Aseguró que no hay nada definitivo que pueda hacerse, ni por la espalda ni por la rodilla. Está al acecho un proceso de artrosis. Y él considera que la rótula podría, alguna vez, fisurarse.

A mi analista le hablé del Genozim. Y de la muestra de semen que el viernes llevé al laboratorio

por prescripción del andrólogo, a propósito de la escasa movilidad de mis espermatozoides. Y claro, cuando oí “escasa movilidad de mis espermatozoides”, me resonó “excesiva movilidad de la rótula”. Me siento raro no tomando el Genozim. Percibía *ternura* por ese remedio escrupulosamente ingerido durante meses, junto con uno de los tres (Control K, Holomagnesio y Vegestabil) ordenados por el nuevo cardiólogo (extrasistolia ventricular cumpliendo un lustro).

He bebido té de boldo (el cardiólogo me prohibió el café, el té común, el mate), y estoy con hambre. Me rondan ideas e ideítas, algunas sugerentes, ¿en cuál incursionar? ¿En la que abriría con un introito reflexivo sobre el enturbiamiento de algunos de nuestros mejores recuerdos? ¿En la concerniente a la ingratitude, a las brucas o paulatinas desvinculaciones que nos inferimos *irresponsablemente* los unos a los otros? El caso de Jorge en el setenta y cinco (¡diez años ya!), o el de Ramón en el sesenta y tres. Y la disolución, la pulverización. Con mujeres con las que salí me quedó un sedimento...

He pedido un sandwich de pan negro, de crudo y queso, a un mozo zombie de esta confitería Alabama. Empecé garabateando en verde, pero la Edding 1700

agotó su tinta y la sigo en azul con una Sylvapen. Mi consumición en esta sentada ascenderá a un austral con treinta, según los tickets. Se sorteó la lotería de Navidad y no parece que nos hayamos favorecido Susy y yo con nuestras participaciones. Pasó una muchacha ofreciendo Curitas y ahora invaden el local chicos mendigando. Me solazo con el tarjetón de un instituto de investigaciones agropecuarias y bromatológicas recibido por nosotros para la ex-propietaria de nuestra casa. Al lado de un dibujito con personajes aureolados, *reza*: “¡Paz y Bien! Con la confianza plena en el Amor Providente del Señor y en la intercesión omnipotente de la Santísima Virgen, ruego a Ud. y familia ante el Niño Dios, encareciéndole al Salvador del Mundo los colme de sus mayores Gracias durante 1986. ¡Que Dios les Prodigue sus Prístinas Bendiciones!” Y firma un *otro* señor cuyo apellido nombra al instituto. Hum... Pergeñar las características probables de alguien capaz de redactar *en serio* o disponer la impresión con su clisé comercial de *eso*, supone un tránsito peligrosísimo y por ello fascinante, por los desfiladeros de lo írrito (para expresarlo con intriga).

Redondear, redondear la crónica antes de que la corriente me abandone. Pienso en esta materia pri-

ma, en estos enunciados. Pienso en la novela que planeo. Y especulo, también, organizando un relato con esta recortada información: En una aldea siciliana, Enzo Gennaro Basunca es agraviado por dos amigos, hermanos entre sí. Jura *vendetta*. Ofensores y familia desaparecen sin dejar rastros. Dos décadas después, Enzo se entera de que esa familia reside en la capital de una provincia norteña. Llega a esa ciudad, los descubre, y asesina a cinco integrantes. Es condenado a cadena perpetua. E indultado, tras cuarenta y seis años en la cárcel, excelente conducta y precaria salud. Viaja a Buenos Aires para visitar a su único hijo vivo, su nuera, nietos, bisnietos y tataranietos. Y en un hospitalito de Gerli muere, antes de cumplir los cien. Fin. Desde dónde el planteo, allí hay una historia; seca, brindarla económica; toquecitos para clima, alguna línea de diálogo, y tal vez un título a obtener del remate.

Fin, fin. Dejaré en la mesa una cifra en billetes y monedas que incluirá propina, me levantaré, le haré un gesto al mozo y me iré cantando, remando, sin dolor, transportado por mis ensoñaciones, plausible, sagrado, y también yo atravesaré J. A. Pacheco de Melo, reafirmando imprescriptibles condiciones, de prisa.

Redactor

El chico que no habla es el hijo único de su fallecida única hija, y de su también fallecido yerno. Lo crió ella, viuda, al chico que no habla, su nieto. Es el chico que no habla quien redacta el breve texto que se inicia con: “El chico que no habla es el hijo único de su fallecida...”

Huir

Claro que pensó en huir, harta de padecer la torpeza de los golpes de esa especie de marido colérico, de pésimo vino y borbotones de sevicia. También pensó en huir cuando su hijo cayera muerto por una bala *perdida*, entre los cohetes y petardos detonados por los chicos y adultos del barrio, después de transcurridos veinte minutos del año nuevo.

Pensó. Hasta que dejó de hacerlo. Después de veinte años la vieja sigue, loca, letárgica. Sigue huyendo.

Cuento corto

En sus cuentos -me refiero a mi hija-, que son breves, hay misterio, suspenso. Y siempre mata a alguien. Acababa de leerme el último, y en ese, moría el protagonista. Le dije: *¿Por qué no hacés que siga vivo?* Ella me explicó: *No me salía, no sabía cómo continuar, me cansé y, además, ya estuve mucho rato.* Le sugerí: *Seguí escribiéndolo mañana.* Dijo: *No; porque es un cuento corto.*

Grupo

Somos ocho. Estoy desde hace tres años. Y tenemos una sesión individual con alguno de los dos terapeutas. Ella es médica y él es psicólogo. Nos reunimos en el consultorio de Elsa los miércoles a las diecinueve. Tanto Elsa como Fernando son mesurados. Elsa, a veces, efectúa interpretaciones humorísticas, brillantes, pero sin perder la seriedad. Fernando interviene menos y, por lo general, hace el cierre.

Cuando empecé, mi fragilidad emocional me destrozaba. Por cualquier boludez me ponía colérico o destemplado. En mi casa no me aguantaban. Cuando mi hermana me encaró blandiendo la tarjeta de Fernando, no opuse resistencia. Mi hermana temía mi reacción. Me tomé cuatro días para darme impulso y llamé al número de Fernando y concerté una entrevista. Venía él como con mucho recorrido con adolescentes. Y con adolescentes jodidos: drogadictos, chorros... No como yo.

Rendía poco en el industrial, repetí segundo año. Nunca había agarrado a una chica del brazo, siquiera. Me mandé una...: me hice operar innecesariamente del dedo de un pie. Yo sostenía que ese dedo estaba “flojito”, “debilitado”, sin la consistencia de los otros. Así que los hijos de puta del sanatorio me rebanaron.

Al principio de tratarme, quería superar mi timidez. Y me masturbaba sin convicción. Ahora, en cambio, salgo con una mina que si bien no me reconforma, me... Procuero largarme más en la cama. Con la primera que cogí estuve rígido. Siempre. Todas las veces. Y con la actual, no soy un fenómeno. Para despabilarme, aporta Nico, el mayor del grupo; tiene cinco hijos. Es respetado por su franqueza y su tacto. Opina que lo que sea puede ser dicho. Es librero de volúmenes usados y de ocasión.

Clarisa es una chica triste. Bueno, no tan chica.

Y sin embargo, sí. Y el pescado sin vender. Sin pareja, es un garrote, no hace valer sus atractivos. Es eficiente en lo suyo: computación científica. Mantiene al padre, postrado, atendido por una empleada. Está con que su madre murió por su culpa, en un accidente tremendo en la ruta interbalnearia. Ella estaba en la primaria cuando sucedió. Volvían de vacaciones.

La contrafigura es Amalia. Amalia Noemí. Es un tiro al aire, estuvo internada en un neuro-psiquiátrico de Venezuela. Convivió con varios tipos desde que se fugó de su casa. Y se las rebuscó. Con uno, yiró por la India. Con otro, incursionó en artesanías en Bruselas. Con amigas, recorrió miles de kilómetros en jeep. Cómo me gustaría que me diera bola. Aunque si me diera bola habría que declararlo, y no podríamos seguir juntos en el mismo grupo.

Que fue lo que pasó con Marta y Adolfo. En abril estaban los dos. Pero empezaron a verse por separado, ocultándolo, hasta que cuando resolvieron comunicarlo hacía ya semanas que se encamaban. Produjo revuelo en los demás; en Clarisa, indignación. En Josecito, otro compañero, un pobre de espíritu, gracia. Yo me sentía atontado. También me calentaba Marta. Y hubiera calzado conmigo más que con Adolfo. Por edad y temperamento. Adolfo le lle-

va quince años y Marta me lleva dos. Quedó Adolfo con nosotros. Es uno de esos “obse” parsimoniosos que no sé qué pudo haberle visto Marta. Adolfo es traductor de alemán y da clases de gramática castellana a ejecutivos de una red de bancos.

Tenemos un homosexual proletario en el grupo: Facundo. Vende cosas. Sobre todo en los trenes del Sarmiento. A Adolfo le regaló bolígrafos, a Josesito una guía de calles, a Mariana una tijera de podar, y a mí me arregló con una perchita. Es bastante recurrente, aunque por ahí se zarpa. ¡El sí que se esfuerza por costearse la terapia!

Mariana fue la última en incorporarse al plantel. A ella la paso cuando no se pone en estrella. Y ahora que me oigo me viene un bajón, pero un bajón, como si me licuara, como si los estuviera traicionando.

Corpulencia

Con semejante físico, es lógico, se da el gustazo de trompear de vez en cuando, a escogidos cretinos en tren de patoteros. Ha noqueado, por ejemplo, a energúmenos chóferes de colectivos. ¿Por qué limitarse a una discusión estéril, pudiendo escarmentarlos? ¡Ha corregido a tantos, elevándolos con naturalidad por sobre su cabeza, agitándolos, hasta hacerles deponer actitudes necias, presuntamente arraigadas! Impuso siempre su corpulencia, y permítaseme enunciarlo así: su preclaro vigor, como factor desmoralizante frente a comportamientos repetitivos de groseros y malintencionados. Ya desde la niñez el admirable Hércules implementó los mentados recursos. Con las mujeres se contiene: se limita a la -también mentada- estéril discusión.

En la mira

Linda mina, lindo tipo de hombre, se sienten cómodos en sus cuerpos flacos, debajo de sus abundantes cabelleras, encima de sus principescos pies.

Señor gordo, calvo, con juanetes, desencantado y empuñando una Magnum 44. Apunta (no sin fastidio).

Pares

El despertador suena a las cinco y media. Es de noche. No debo pensarlo dos veces, y no lo pienso. Enciendo la luz del velador. Me incorporo (si puede decirse que ese paquete abotagado y que ofrece sólo una contundencia marmota y atravesada, lo que hace es incorporarse), me desplazo hacia el aparato de radio (debajo del lavatorio, sobre un banquito que hubiera podido construir el tío Pacho, o bien, mi padre), manoteo la perilla que me sitúa en la raspante descarga eléctrica que da paso a la voz del locutor de mis matinatitas laborales, me quito el saco del pijama casi sin respetar los tres botones ensartados en sendos ojales (no exactamente los simétricos), y lo cuelgo en la perchita colorada que hará nueve días pegué con Poxipol a una altura cómoda para el Increíble Hulk. Enciendo la luz con la mano izquierda mientras con la derecha abro la canilla que indica *FR A*. Surge el chorro con mayores ínfulas que si abriera la

CAL ENTE, y similar temperatura a esa hora del alba, puesto que la caldera del edificio todavía reposa. Echo despabilante agua sobre párpados, mejillas e inevitables adyacencias, y me complazco con los buchiches. Cierro la canilla, malseco la superficie salpicante con la toalla que me regalaron, en estas navidades, los únicos que me saludaran por las fiestas, y en el espejo del botiquín escruto las marcas de dobleces de funda que surcan mi frente. Cuelgo la toalla, descuelgo el saco del pijama con el que retorno hacia la cama donde una mujer duerme su intenso despatarro, sobre cama y mujer arrojo la prenda, apago la luz del velador, regreso al baño.

Radio Municipal de fondo y bajito, ya higienizado y con mucho talco berreta en el área afeitada, lavo mi ropita con el jabón de tocador y la tiendo en la estropeada cuerda de nailon que cruza la bañera. Preparo mi desayuno y lo tomo. Lavo, seco y guardo

los utensilios. Me visto, y depositando besos en quien no cesa de dormir y soñar con su marido de viaje o conmigo, yéndome apago las luces y la radio y cierro la puerta de mi departamento. Son las siete.

Mientras bajo los modestos tres pisos por el ascensor y traspongo la puerta de calle, trazo mi plan. Pocos metros por Arenales, llego a Ayacucho. Por esa, una cuadra hasta Juncal. Por Juncal otra, hasta Junín. Por Junín todas las demás, hasta avenida Las Heras, cruzando. Subir al ciento diez (a una cuadra de los paredones de la Recoleta) preferentemente no después de las siete y quince. En Kerszberg S.A.C.I. no debo firmar la planilla de asistencia después de las ocho. Ayer recorrí Arenales hasta Junín y por Junín seguí hasta la parada. El viernes por Ayacucho fui hasta Las Heras y, por esa avenida, hasta Junín. El jueves por Ayacucho llegué a Pacheco de Melo, una por esa y otra por Junín. El miércoles por Ayacucho hasta Peña; por esa, una, y dos por Junín. El otro martes fue como hoy, doblé en Juncal, *pero no caminé por las veredas pares.*

Pacto

Alguien-Que-Merdeciera-Llamarse-Lulú conoció, sin procurarlo, a La-Muerte-Que-Te-Alcanza, en un crepúsculo del mil setecientos. Importa consignar que, esencialmente, a la primera le disgustó la segunda, mientras que la segunda simpatizó con la primera. Por completo de acuerdo, se arrancaron los ojos.

Nimbo

Era enorme y bueno. Trabajaba y residía en un taller mecánico. Entre sus pertenencias figuraban un colchoncito con cotín engrasado como él y unas frazadas asquerosas. Dos gatos dormían a su lado. Cocinaba huevos y sopa y se calentaba mate cocido con una garrafa. A los chicos del barrio les producía curiosidad. Un día, ese hombre que se trasladaba bamboleándose, que sonreía y silbaba, que apretaba con los dientes un toscano, ese hombre de paz, muerto, apareció nimbado, semi-empotrado en un pilar, inapacible, limpio, con alígero nimbo de barniz selenita.

Solo

Desde que me quedé solo decreció mi optimismo. (Riego malvones a la madrugada. Volveré al lecho. Hasta que aburrido me dejaré caer, y lograré así reaccionar, sobreponerme y encarar el día, si no laborable para mí, que eso nunca, al menos...) Los que ya no están, con cariño y con resignación, me instaban a la diurna vigilia.

¿Han contemplado a pájaros muriendo?... Yo los he contemplado. Corbatitas, jilgueros, chingolos..., despidiéndose a través de sonidos broncos y aislados, o de un piar chillón y sostenido.

Ya no me afeito ni me peino, no recito églogas en el salón principal ni ensayo formas de saludo frente al gran espejo del vestíbulo. No hay artilugio ni práctica conspicua que pudiera adquirir o conservar. Duermo ahora con los pies envueltos en una bufanda y bebo el té amargo, sin limón ni cognac. Claro está, no espero ser visitado ni socorrido, aun en circunstancias extremas. Desde que me quedé solo, soy, a simple vista, un hombre infeliz.

Semblanza

Soy lo que soy desde que se murió mi mamá. Me sentía libre al principio, liberado. Me lo merecía. Mientras ella vivía fui un pelagatos. En la gran ciudad. No voy a revelar cuál era mi ocupación. En todo caso, digna. Mientras ella vivió, “el hijo de la sucia” me endilgaban. El slogan dolía. Y dolía también el otro slogan: “El hijo del vecino”. En referencia al quiosquero, el solterón de la casa de al lado. Y algo hubo, algo pasó.

En efecto, mi mamá no era propensa a la higiene. No era, tampoco, una mujer dada, que se pudiera decir, comunicativa. Estrictamente, gruñía en ocasiones. Yo le preguntaba: “¿Vino Isabel a buscarme?": gruñido. “Mamá, ¿me hacés el nudo de la corbata?": gruñía y me hacía el nudo de la corbata con una pericia deslumbrante. Le comentaba: «Me aumentaron

el sueldo”: gruñido. Y le proporcionaba una generosa porción de mis ingresos. Trabajaba yo doble turno y ganaba por ese turno doble el ochenta por ciento de lo que se me abonaba por el turno simple. Y aún me quedaba un ratito para darle algunos besos a mi novia de la infancia, la adorable, la resignada Isabel. Escasas emociones en los primeros treinta años de mi vida.

Ahora soy un trashumante, difusamente melancólico. De Isabel me despedí, apenas después de tomada la ruda resolución de vagabundear. A mi mamá la llevo en el espíritu a donde quiera que me traslade y con quien sea que me junte. Admitan en mi semblanza que la añoro. Tengo para mí que acabaré por hastiarme.

Lineal

Parido es el niño el día de su santo.

Su tío materno, sólo él, lo duerme con facilidad.

Ya camina. En un hotel de Santiago del Estero se escabulle por los corredores.

Queda constancia fotográfica de su satisfacción montando burrito en Río Ceballos, sostenido por su papá.

Se entretiene rompiendo papeles, arrojando monedas y jugando con un cesto de mimbre y broches para la ropa. Sigue costándole conciliar el sueño.

Hace palotes un poco antes de cumplir cuatro años, guiado por una maestra jubilada. Lo operan de las amígdalas.

La mamá cuenta en una postal gigante, con motivo ciudadano, enviada a una cuñada, que su hijo *extraña* cuando el micro del jardín de infantes, los días feriados, no lo viene a buscar tempra-

nito. El hijo, en cambio, disfruta mórbidamente quedándose en la cama, en especial, durante esas mañanas de calamitoso invierno.

Cursa el colegio primario salteándose primero inferior.

Sufre cuando su padre abandona el hogar y la madre llora y maldice. Lo operan de un sobrehueso en una sien.

Se alegra cuando el padre retorna. Persisten sus dificultades para descansar mientras duerme. Lee *Robinson Crusoe*.

Recibe como regalo de reyes su primera bicicleta. Lo sorprende y emociona. Estrábico, acude a un oftalmólogo, quien detecta astigmatismo. Usa lentes.

Estudia piano y flauta dulce. Pero, con intensidad, sólo prosigue el estudio del piano. Lee a Evaristo Carriego.

Inicia el colegio secundario. El y su primita, en secreto, se imaginan casados y papis. Las pesadillas lo hostigan.

Compone un tema musical. Colecciona estampillas. Aprueba materias con notas mínimas. Se corrige su estrabismo, operándose.

Es desflorado sin contemplaciones por una amiga de su prima, mucho más práctica. Se reitera con la misma persona la experiencia genital. Vende su colección de estampillas. Lee el tomo uno de *En busca del tiempo perdido*.

Fallece la madre. Anda por las calles durante la noche en que es velada. Amengua su interés por el piano. No atina a ocuparse de los trámites de internación de su padre en un sanatorio.

Se aleja por completo de la música. Culmina con zozobra el colegio secundario. Intenta en vano concentrarse en la lectura del *Quijote*.

Zafa del servicio militar. Trabaja en una empresa inmobiliaria. Mantiene contactos aislados con algunas chicas.

Después de pasar un domingo de sol en el *country* donde su patrón había inaugurado una formidable casa de tejas azules, y percatarse de que cada miembro adulto de la familia del patrón dis-

pone de su propio automóvil, queda perturbado. Segundo intento con el *Quijote*.

Escribe, a un amigo radicado en Austria, frases que llaman su atención en la relectura de la carta. “Redacción *elegante* en ese breve tramo”, califica en la posdata. Este es el tramo: “Oh, por cierto, dormirme no es muy sencillo para mí. Antes debo leer. Cansarme leyendo. Casi siempre. Ha ocurrido que me he quedado leyendo por horas, antes de deponer mi condición vigilante”.

Trabaja en el Banco de Galicia: con sus respuestas al interrogatorio al que es sometido en el examen ideológico previo a su ingreso, logra que no se sospechen sus simpatías por el socialismo. Fallece su padre. Conoce a Beatriz. Se enamora. Pero no es debidamente correspondido. Concluye con la lectura del último tomo de la novela de Proust.

Es operado por un cirujano odontólogo de abscesos en ambos lados de la base de la nariz. Se desmoraliza cuando se convence de su carencia de talento para ganar “dinero grande”. Fallece el tío materno que lo dormía con facilidad.

Consigue un segundo empleo atendiendo un kiosco. Se angustia asistiendo a la proyección de

un film en el que una camarilla de oligarcas escarnece a un hombre humilde. Recuerda a otro infeliz con el que también se había identificado: en una festichola de copetudos, Luis Sandrini era dejado en calzoncillos.

Traspone los límites de Argentina: visita Asunción. Cuando supera, con inconvenientes, las quinientas páginas del *Quijote* en su tercer intento, y en franca *rentrée* con aquella Beatriz que parece ahora atraída por él, fallece, mientras es operado de peritonitis.

Octava internación

Muy delgadita, parece púbera, y sin embargo, es mayor de edad. La madre la visita los miércoles, le lleva galletas de sémola y desodorante, ropa y la TV Guía, y cincuenta centavos de austral para que se compre una gaseosa en el bar de la clínica. Deambula por los corredores, va al parque, juega en la única hamaca y en verano, cuando hay agua limpia en la pileta y sol, se pone la malla y se sumerge. Esta es su octava internación. Conversadora, en un estilo a borbotones; simpática y con una voz que si gritara, fácilmente llegaría al chillido. Si se la mira con persistencia, simula vergüenza: agacha y gira la cabeza, revolea los ojos, masculla y cuando uno sigue de largo, se recobra, contesta, inquiere sobre algún profesional que la haya atendido en otra época (“¿Hace mucho que

no la ve a la licenciada María Eugenia?”) o sobre el signo astrológico de una mucama de la tarde, o induce a evocar cómo era la institución antes de las recientes modificaciones edilicias. A veces, correteando se aproxima y descerraja: “¿*Me da plata?*” Se esfuma su ingenio cuando ceden las aristas deliroides y el cliché; se agazapa y desconoce pretéritas familiaridades.

Todavía no está por irse de alta. En la última salida hirió a su hermanito. Con un sacacorchos lo atacó delante del padre, quien a su vez la golpeó con los puños. Ella no menciona el episodio, desestima los moretones e insiste en interrogarme sobre asuntos fuera de lugar.

El poema de Miguel

El dieciocho de agosto de mil novecientos ochenta y dos, la enfermera que acompaña a Miguel en el vehículo que efectúa su traslado desde el Instituto Ricardo Gutiérrez, nos proporciona los primeros datos: Miguel nació en Tucumán el ocho de diciembre de mil novecientos sesenta y seis. Sus arranques agresivos eran cada vez más azarosamente neutralizados por el personal del Instituto. El médico de guardia anota en la historia clínica al internarlo: *“Hijo de madre soltera. Al año y medio enfermó de meningitis y fue abandonado. Permaneció en un hospital de Tucumán durante tres años, hasta que la madre es obligada a retirarlo. A los cinco años todavía no hablaba ni caminaba. La madre se casa y lleva a Miguel con ella y el marido. A los trece años, Miguel comienza a fugarse de su casa y a alcoholizarse. El padrastro bebía en exceso en forma habitual. Miguel es internado en el Tobar García, intoxicado. Luego queda a cargo de Minoridad en el*

Gutiérrez. Reitera fugas. Cíclicamente colérico, profiere amenazas. Y el siguiente episodio: persigue a otro internado con un cuchillo y pega a una celadora. En el Instituto habría concluido tercer grado. Se niega a ingerir otra cosa que no sea pasto y hojas de plantas. El paciente refiere ataques de temblor y mareos. Pulcro, con rigidez de movimientos. Hipoproséxico. Parcialmente orientado auto y alopsíquicamente. No presenta alteraciones perceptivas en el momento del examen. Curso de pensamiento retardado, con interceptaciones. Contenido, por lapsos, incoherente. Hipomnésico. Hipotímico, aunque con alguna labilidad. Se asusta al pasar a su sector. Lloro y anuncia que cree que va a pegar a alguien. Hipobúllico. Juicio insuficiente. Diagnóstico presuntivo: debilidad mental; epilepsia”. Y añade: “A las ocho horas: Tegretol y Halopidol (...); a las catorce: idem; a las veinte: Halopidol y Nozinam (...)”

A los tres días padece una crisis de tipo epiléptico generalizada motriz. Se modifica la medicación.

A la semana, por la madre nos enteramos de que las convulsiones empezaron a los siete años y que fueron evaluadas “gran mal”. De que Miguel tiene cuatro medio hermanas, todas hijas de ella y su marido. Rectifica información: escolaridad de Miguel: primer grado. Siempre se mostró, asegura, “*violento conmigo y con las nenas*”. Finge ser mudo, en ocasiones, desde hace un par de años. Tenía un amigo que, en efecto, era sordomudo. La madre desconoce de qué juzgado depende su hijo.

Al iniciarse una sesión de musicoterapia, compañeros de habitación denuncian que Miguel al despertarse por las mañanas, se golpea la cabeza contra la pared. A él le satisface que se descubran esos hechos. Amaga con reproducirlos. Cuando otros integrantes del grupo ejecutan instrumentos percusivos, formula manifestaciones infantiliformes, algunas de tenor hipocóndrico. Evidencia sentido musical, soplando entre sus manos juntas y ahuecadas, semejando el sonido de la quena al obtener un ritmo folklórico del altiplano.

Al mes, los del plantel profesional coincidimos: pertinaz implementación seductora es la que Miguel actúa con nosotros.

El electroencefalograma de Miguel determina:

“Marcadamente lento y desorganizado, con aparición de brotes de ondas. Inexistencia de paroxismos comiciales francos, tanto en el registro espontáneo como durante las activaciones. Puede corresponder a sufrimiento cortical inter o post crítico”.

El diagnóstico a partir de la audiometría tonal y vocal indica: *“Anacusia de oído izquierdo. Hipoacusia perceptiva de tonos altos en oído derecho”.*

Su psicoterapeuta individual transcribe en la historia clínica locuciones de su primer año y medio en nuestra institución: *“Miguel es malo, no hay que quererlo”*; *“Miguel es malo porque a las madres hay que quererlas siempre”*; *“Miguel es malo para que no lo quieran”.*

Lleva a cabo en el parque tareas muy simples por las que se le remunera. Compra atados de cigarrillos en el kiosco de la clínica y revende los cigarrillos por unidades. El no fuma todavía; esto ocurrirá más tarde, cuando, además, cese de afeitarse su rala pilosidad.

Previo a cada reunión, en etapas sociables, al impartirse la orden de preparar la Sala de Comunidad, es el primero en movilizarse. Serio y enérgico manipula sillas de metal y de madera. Las revolea no sin destreza, como desentendiéndose de la integridad física de las personas próximas. Invariablemente sentado cerca de la puerta, la abre o la cierra cuando al-

gún terapeuta entra o sale del ámbito. Y con renovados vigor y pericia colabora después en el desarmado del círculo de asientos. En esas asambleas, en los períodos más paranoides, prefiere apartarse, de pie y fuera de la ronda conformada por pacientes y profesionales. Redacta impresiones o solicitudes en hojas de libreta que impone como obsequio a mucamas y celadores. Cada tanto le entrega notas a la coordinadora de la asamblea comunitaria, para que ella lea en voz alta sus quejas: hurto del candado de su armario, o de la llave del candado u otra pertenencia, etc. La coordinadora sólo accede a que sea él quien lea su propio escrito. Y entonces Miguel lo hace con una voz distorsionada.

Sus berrinches promueven ásperas discusiones. En cambio, en sus rachas cariñosas se adhiere con torpe frenesí a cualquiera de nosotros, ríe y bromea procurando establecer incondicional alianza. Nos impacta su aire triunfante cuando se oye llamar *tío*, *el tío*, o cuando aporrea una lata, pueril bombo legüero, dando vueltas por la canchita de fútbol. Hay que estar atentos, porque por ahí se introduce en el *office* de enfermería, y arrebatada su medicación del pequeño plato en el que consta su apellido, y la traga. Imper turbable, pero con el debido permiso, calienta agua

en el calentador eléctrico. Sale y vuelve a entrar al *office*, vigilante, experto, con el mate en la mano. Y con su equipo a cuestas se instala en el portón que comunica el sector de adolescentes con el de adultos.

También en psicoterapia ha revelado: *“Mis hijos son los animalitos. Mi mamá los mandó matar. Tenía dos perritas negras. Sueño con las perritas”*; *“Ahora crezco, los paso a todos”*; *“Me gustaría salir fotografiado en una revista con mi mamá y mis hermanas”*; *“Ahora están juntos viviendo, pero separados: así quería yo”*; *“Con los anteojos de mi padre veo bien”*; *“¿Qué será que me pasa que extraño a mamá?”*; *“Tengo miedo porque estoy solitario. Las madres sueltan a los chicos, se quedan solos y tienen miedo como yo”*; *“¿Si a los chicos les da un ataque, las madres se asustan y vienen?”*; *“Me iba cayendo como si estuviera en una rueda, se puso todo oscuro y me tiraron agua: me mejoré”*; *“Estoy solitario, me gusta estar así. Por eso le pego a los chicos”*; *“Si habla de la madre, Miguel se pone mal”*; *“Si Miguel es momia, está mejor. Si Miguel se mueve, es malo: muerde”*.

Preguntó a la terapeuta ocupacional al recibir de regalo un barco de cartulina de una paciente: *“¿Por qué quieren a Miguel?”*

Algunas conductas bizarras han ido cediendo: tal la de masticar caramelos sin sacarle la envoltura.

Quienes lo tratamos no avizoramos confiables perspectivas de estabilidad: hay nula continencia familiar y daño irreversible.

Me entregó a mí esta vez un manuscrito, en letra de imprenta y plagado de errores ortográficos. Corregidos los errores y dispuesto el texto como verso libre, les doy a conocer este reclamo:

“Estoy queriendo que me lleven
de la clínica a un colegio,
para que esté más mejor,
esté bien en el colegio.
En la clínica me da lástima,
no quiero estar en la clínica,
quiero estar en el colegio
porque en la clínica me dan lágrimas,
porque no quiero estar en la clínica,
quiero estar en el colegio para que no lllore,
esté bien en el colegio,
y en la clínica lloro.
Me quiero ir de la clínica,
si no me llevan a un colegio
voy a estar mal en la clínica,
todos los días voy a llorar.
Si me llevan al colegio voy a estar contento
y no voy a llorar en el colegio”.

Recién nacida

Mi papá está preso. En La Plata. Porque mató a mi mamá, siempre me acuerdo. Yo estoy acá, vivo con una señora. En el barrio nos llevamos bien con todos. La señora es muy religiosa. A veces conmigo se pone un poco pesada con eso. Tiene un negocio. No sé, afuera. Yo acá hago las compras, ayudo, voy al colegio, pero me cuesta el colegio. Un día la maestra hablaba de los planetas y me preguntó en cuál estábamos. *En Marte*, le dije. Y las chicas se rieron. La maestra me retó, creía que yo hacía chistes, que me burlaba. Los del colegio, me mandaron con una señorita, una señorita especial. Y me mostró unas láminas, unos dibujos. Hablábamos de mí y de cosas que yo tenía que haber aprendido en el grado, de sumas y de países, cosas que no me entran. *¿Y qué te gusta hacer?*, me dijo. Ir al almacén, a la frutería, a lo del tintorero. Pero lo que más me gusta es comprar carne. Y cortar la carne, agarrarla, golpearla contra la

tabla, el hígado, tirarle un pedacito al gato, esperar que se lo coma, tirarle otro, esperar que se lo coma, escucharlo maullar, entonces le hago desear el pedacito, se lo muestro, se lo acerco, lo huele y me mira, y yo le digo: *¿Qué quiere usted?*, y él me contesta. Y mirar al carnicero, cómo afila la cuchilla, con esos brazos que tiene, unos brazotes así, todo peludo, como el novio de la señora, cómo corta los bifés. Me causa impresión. Y las milanesas. Silba siempre lo mismo, músicas españolas. Aunque esté sudando se sonrío, hace movimientos grandes, se toca las puntas de los bigotes con el labio de abajo. Y levanta las cejas. El, la goza cuando lo miran, y yo, cuando quito la grasa a la “tortuguita” para el gato. La señora me dice que soy una artista para eso. Como el carnicero. Y como ella. Ella bailaba y hasta cantaba en un teatro. Una tarde puso un casete y bailó para que yo viera. Cuando era más joven le sacaron fotos en una re-

vista. En la misma revista en la que salió mi papá cuando le tiró un tiro a mi mamá, delante mío. Mi papá estaba chupado y gritaba que *las arañas no me dejan tranquilo*; me decía: *Nena, sacáme las arañas*, y yo no veía nada, veía a mi mamá. Me acuerdo de todo, de mis hermanitos, de mi abuela, de mi padrino, de todos, de todos todos. Todos los días me acuerdo de todos. Desde que nací. Y de más ahora me acuerdo que el novio de la señora me quería tocar y que yo estoy en la edad del desarrollo, y la señora cuando lo supo me pegó a mí, a él lo puteaba y le tiraba tazas y platitos, y él se la agarró conmigo, me corrió, decía que yo lo buscaba, me escapé por la ventana del baño y estuve en la calle tres días, medio renga. Después volví; porque llovía y tenía hambre. La señora se enojó por los nervios, pero es muy buena. Ella me sacó del instituto. ¿Les conté el cuento de la bebita recién nacida que vio cómo el padre la mataba a la madre de un tiro en la boca?...

Gabriela

“...me acerco, casi en el cruce con Maipú, y digo que me gustaría saber si tengo alguna chance. Suspende la mirada mientras me oye. Se detiene toda. Transido parpadeo ante la aparición incuestionable de súbita trompita. Gira la cabeza hacia mí. Comienza a perseguirme desde la barbilla. Sin entusiasmo expande las pestañas hacia una de mis orejas y hacia la otra. Saltea mi mirada, por lo que me impide contender. Escandalosamente me recorre los labios y un poco la nariz. Aunque ya dice cosas (sé de su voz pausada), no la oigo. A los ojos me mira. Y es ahora -no hay nada malo en su castellano- cuando la entiendo. Somos los que se miran mientras hablan. Me pregunta a mí (!) cómo me llamo. Musito mi gracia antes de atragantarme sin atenuantes. Y afirma llamarse Gabriela, un nombre en el que parece caber. Ella es esa mujer que se llama Gabriela. Le digo: «Sos esa mujer que se llama Gabriela». «¿Estabas esperándome desde que naciste?»,

inquiérese. Y me ofreció su sonrisa. **Imaginé que me mordería con parsimonia, anhelando reembolso y creces.** Caminamos inventariando los estrenos que debiéramos ver juntos. Nos sentamos a los lados de una mesita circular y paqueta, de las que no me agradan, en una confitería de inmoderado señorío. No es mucho el tiempo del que dispone, me advierte. «Pero ya vendrán ratitos mejores.» A la noche yo podría ir a buscarla. Viene el mozo, cumplido y distante. «Café doble.» «Café.» Crepito cuando el mozo se va: «¿Y dónde tendría yo que irte a buscar, por todos los cielos!?» Agarra una servilletita: «Te lo anoto». Le alcanzo mi súper bolígrafo. Escribe números grandes y esbeltos. Que la espere en la puerta. «A las diez está bien.» Y anota veintidós. Tras recobrar mi súper bolígrafo, delinee un corazoncito rápido y sin bambolla como quien firma o muesca. Me guardo la servilleta y el ademán. Mi súper bolígrafo no sé, no lo guardo toda-

vía. Gabriela me cuenta qué estudia, demora su café y me condena a deseársela. Llama al mozo: «Yo invito». Y paga. En la mejilla y en la vereda me besa, y se va.»

Andaba yo bastante solitaria cuando el novelista a cargo del primer taller literario al que concurrí me desasnara sobre aspectos prácticos: esenciales recaudos y sensatos artilugios. Me introduje en ese ámbito con muchas ganas y lecturas, atraída por su notoriedad. Logré mantenerme en un intenso entrenamiento: descripción de un barrio, o de un episodio desde el punto de vista de un animal, variantes de final para historias ajenas, articulación de dos monólogos interiores, o como lo que acaban de leer, sencilla secuencia transmitida por personaje de sexo opuesto al del autor. (Yo no era Gabriela pero hubiera preferido serlo; querría llamarme Gabriela y ser esa Gabriela.) Tres de mis compañeros, varones, eran talentosos e informados. Sus puntualizaciones me regocijaban; no estaban en seducirme (lo que no me hubiera venido nada mal...) y evidenciaban favorable disposición para con mis comentarios sobre el quehacer de ellos. ¿Otros?: mina muy atacante que explotaba de malicia para con las demás mujeres del grupo; bufarrón vanamente capcioso, panegirista de Ale-

jandro Magno; muchacho en carrera periodística (gacetillero) repleto de vicios profesionales; adolescente prometedor que nos perturbaba con sus sonetos intimistas. En fin. Tuve problemas de guitarra y proseguí en otro taller, más accesible, coordinado por un licenciado en letras. ¿La consigna para mí más estimulante?: escudriñar pinturas y trasvasar a palabras las sensaciones y ocurrencias:

“I) Dícese Pantocrátor y algunos nombres propios (Lucas, Vitulo, Marcus, Leo...) circundan el motivo central (materia de iluminadores): Un barbado santo con dos dedos extendidos. Exactamente tres bichos alados con ropas de hechura similar a la del barbado y a la de una otra figura también alada con cabeza varonil, desde los ángulos acompañan provistos de sendos libracos.

II) Humano y energético el escarabajo ocre, veteadado, pleno, con el pulgar izquierdo retorcido, tanto como para que la perfecta uña nos sea visible. ¿Qué cosa son esos redondeles blancos esparcidos, sin relieve (¿humedad?) y esas letras griegas en el muro zodiacal desde cuyo centro una manopla con otros dos dedos (índice y del medio) extendidos proyectan un delgado rayo? Detalle de lapidación de un diácono protomártir.

III) Al temple sobre tabla este frontal gótico en el que dieciséis lenguas de fuego llenan de inclemente algarabía a los encargados de la inmisericorde cocción de los nueve cuerpecitos de niños harinosos que se toman de las manos”.

Está ya en librerías mi primer libro. Destaco que con el seudónimo *Gabriela* (único nombre de la hija que concebí con un bardo de paso por ese otro taller), obtuve un primer premio (precisamente la edición de la obra).

Informe

Pocos edificios concentrados en las manzanas que lindan con la plaza; el más alto llegará a quince pisos. Las casas tienden a la sencillez. Las más antiguas, con los jardines encerrados por muros de los que sobresalen enredaderas y estrellas federales. Las puertas, de hierro, pintadas de verde. De las que no están pintadas de verde... nadie atinaría a definir el color. Espaciosas estas casas, y cuidadas, con esmero incierto. Y casi todas las modernas, lo son por haber sido restauradas. Hay calles con apenas unos arbolitos, recién plantados. Otras ostentan muchos, y añosos. Los canteros de la plaza, maltratados; los bancos de madera, rotos; los juegos no, curiosamente. Sólo hay una avenida. Y calles anchas, bien señalizadas, de tránsito rápido. Las cortadas, cercanas a la iglesia. Sobre la avenida, las galerías principales. Dentro de la más vistosa, la confitería bailable mejor montada. No hay cines ni hoteles para parejas, pero sí el teatro

de una cooperativa, con su edificio al lado de la comisaría. Las instituciones bancarias, en esquinas, pero no las farmacias. La plazoleta, con los puestos, escasos y alicaídos, de compra y venta de libros, embaldosada. Al barrio lo atraviesan varias líneas de colectivos (y con ninguna se llega al micro centro).

Y en la húmeda y tétrica bodega de la discreta finca de dos plantas de don Benito Manso, su único habitante permanente, podríamos hallar: tres pares de borceguíes, siete camperas camufladas, dos pantalones de combate camuflados, un mameluco completo camuflado, una boina con la leyenda “Comando”, un piloto tipo militar, tres carpas de campaña, con estacas, partes de armas automáticas (cañones, correderas, etcétera) de aparente fabricación casera, un par de guantes del Ejército Argentino, una pistola marca Brownning número 11-67287 calibre 9 milímetros con grabado de Policía Federal Argentina, diecinueve

cartuchos calibre 12.70 milímetros, cuatrocientos dieciocho cartuchos de bala calibre 22, una carabina calibre 22 marca Ruger número 124-03334, diez panes de trotyl de procedencia estadounidense, cinco detonadores con conductores eléctricos de procedencia extranjera, un casco blanco con inscripción “P. M.”, cuatro pistoleras, un carnet de periodista a nombre de Carlo Scaracifiglio, dos tiras de negativos fotográficos de película blanco y negro de 35 milímetros, una granada de mano MK2 con tren de fuego, tarjetas personales a nombre del general (RE) José Anuncio Céspedes Villar, con rótulos varios, embute trotyl, un carné del Departamento Contra Subversión de la Presidencia de la Nación, un cartón de Jefatura II con direcciones varias, doscientos metros de cordón detonante de cincuenta grains de procedencia Fabricaciones Militares (el mismo equivalente a 3,5 kilogramos de alto explosivo denominado pentrita), una carabina marca Winchester, calibre 22 a repetición sin cartuchos de bala, una pistola ametralladora Sterling-SNG calibre 9 milímetros, cuatro cargadores, porta cargadores y herramientas de la misma, un revólver 32 Smith Wesson NR 204.915, tres esposas U.S.A. Smith Wesson, un auricular con disco, calzador para toma telefónica, un sello “Presidencia Casa

Militar”, una escopeta calibre 16 milímetros marca Eibar NR AM-82716 Sarrasqueta, una mira telescópica, distintos elementos de correa porta cargadores y aproximadamente entre unas veinte a treinta prendas de uniformes militares de distinto uso.

Además, un escudo de Infantería de Marina, una calcomanía que dice “Argentina-Presidencia”, una credencial metálica dorada con texto “U. S. Social Security” NR 144-63-2461 a nombre de Antonio Velnis, un par de cachas de madera para revólver, una brújula del Ejército Argentino, una boleta de renta con anotación manuscrita que dice “embute armas lobito”, una caja vacía con cartuchos 9 milímetros, un calibre para la medición de diamantes, una capota militar de gala, un mini componente de audio, un equipo de audio con adaptador y micrófono, un equipo transmisor de VHF-FM, una antena magnética portátil, una fuente de alimentación, una antena látigo, cinco sables bayoneta, un Tahalí de origen U.S.A., un Tahalí marrón, una culata para carabina, una bomba de estruendo, once detonadores a mecha, un detonador eléctrico, una tarjeta comercial en cuyo centro se encuentra el logotipo de una mano y a su alrededor la inscripción “Manos Argentinas”, dos pelucas de hombre, un equipo de radio llamadas, un

cargador de F.A.L., una cantonera de goma, cinco cartuchos calibre 357 de supervivencia, cuarenta vainas servidas calibre 357, un motor cohete de 70 milímetros, cinco jeringas y dos ampollas de clorato de apomorfiná.

Pero, en esta surtidísima bodega de don Benito Manso, no encontraríamos por más que buscáramos y rebuscáramos, ni una sola botella, ni una sola, de un buen vinito de mesa.

Nunca soñé

Nunca soñé con tres ojos que me escrutaran desde un pescuezo de jirafa. Que me escrutaran no sin dejar de entornarse alguno, alternativamente. Tres ojos y no tres pares de ojos de diferentes tonalidades. Tres ojos oscuros idénticos. Y que se posaran sobre mí sin benevolencia ni animosidad. Desde un pescuezo inconfundible, irreprochable. Desde una jirafa de la que pudieran pender arañas plateadas, moribundas, o exhaustas. Pendiendo como sólo penden lo esencial y lo sutil. Lo sutil exhausto, lo esencial moribundo. No estaríamos ellas y yo en un zoológico o en un ambiente no trastornado por el hombre. Pero yo no distinguiría el sitio, y hasta ese momento sería únicamente mis cuatro pintorescas narices, olfateando en vano, desasidas de cabeza reconocible. Yo consistiría, hasta entonces, en una pura memoria guiñolesca, afanándose por recuperarme. Sería, claro, una sustancia en su propia procura.

Nunca soñé con algo rubio gelatinoso aposentado sobre un punto cardinal. Ni me soñé punto cardinal sobre el que se aposentara determinada o indeterminada gelatinosa rubiedad.

Nunca soñé con escaleras derritiéndose sobre un valle de incienso. Dos mil ochocientos peldaños, sumando las sesenta y seis escaleras de fibra. Incienso que cubre todo el valle al que pertenezco desde mi primer sueño anotado en un cuaderno infantil. No estaría allí como ninguna de mis presencias mensurables. Y sin embargo, me brindaría a derretirme.

Nunca soñé con hexágonos de piel humana impidiéndome apoderarme de la gracia. Es poco no haber soñado nunca con la gracia apoderada impidiéndome la humana piel de los hexágonos.

Nunca soñé con el antojadizo poder de cristalizar, seccionar y envasar un crepúsculo. Y darlo a consumir sin reparos. Antojo de consumición.

Nunca soñé con un espejismo, ni cóncavo ni convexo. Espejismo con el que hubiera podido restitírseme la gobernabilidad de mis sueños.

Más historietas del amor

Confieso

En marzo evalué el veraneo de febrero. En junio, en el mismo junio, el crimen. En septiembre me torné sombrío. Y en pleno diciembre treinta y uno, intento recapacitar. En abril le di forma al plan que ejecuté en junio. En septiembre encontraron el cadáver. Que no me agredas, me desconcierta: ella no te era indiferente. Además, te amaba. No toleré que no se quedase conmigo quedándose a mi lado. Se reía. Todos sabían en el barrio. De mí, de mi inocuidad. Habrá un feliz año nuevo. Porque confieso: la estrangulé. Le pegué después de muerta, lo hice. La desnudé y le pegué. Se termina, viejo. Hoy, por fin, me siento equidistante, sincero.

Señorita

Sí que tuvo novios la señorita Calistri: cuantiosas simpatías. Pero, a menudo, cuando le atraía el fondo humanitario del candidato, no se sentía conmovida por lo físico o lo facial. Y, si llegado el caso, el pretendiente respondía a *mis cánones de presencia varonil*, aparecíanle desdibujadas *las facetas espirituales*. Enamoradísima de Juan Mateo Ovalle, resistía *sus ímpetus pasionales, el vigor de sus instintos*. La señorita Calistri valoriza sin énfasis: *Nadie obtuvo lo que tantos ansiaban*. Ella es hoy la fraseología con la que rememora: *Yo no carecía de una límpida mirada; Mis*

atributos no pasaban inadvertidos; Papá vaticinó mi futuro; Me consagré a mis arraigadas convicciones; Destilé coraje en los tiempos duros, en la tiranía; Nunca estimé en Nené sus propensiones afectivas; Es que todo ha sido tan fugaz...

Algún día, próxima a expirar, quizá consigne: *En aquella desfloración infausta de mil novecientos cincuenta y uno, otoño, creí morir: repugnante, bajo, indigno: única vez, última vez.*

Me cuenta mi señora

A mediodía los obreros y los jubilados arrasaban con el menú fijo en el ya derruido barsucho donde él hacía de mozo. Yo iba con frecuencia por mi trabajo, para rellenar planillas, y leer el diario. Ahora es el repartidor de una tintorería. Ayer, casi de noche, fue a mi departamento en misión repartidora. A mi regreso, hoy, después de una gira que me mantuvo alejado *por esos caminos polvorientos*, me cuenta mi señora, esa falsa e indómita pelirroja suculenta y estéril, que me extrañaba terriblemente, y que el jovencito irrumpió en su anhelo de mí con nuestra colcha lila, y que lo condujo al dormitorio para constatar sobre

nuestra cama con baldaquín la correcta limpieza de la colcha, y que una vez situado el pichón de play-boy, y asaltado, se entregó a la bacanal que desde mi señora, mi esposa, me estuviera -irremediable, incontinentemente- dedicada. Se portó bien, muy bien, aseguró; fantasioso e incansable; remató, relajada: excelente.

Sé absorber los más impresionantes *uppercuts* del destino. Pocos, sí, pocos como yo. Este servidor. Estoy hecho de una extraña pasta.

Derroteros

La fresca y pimpante criatura unióse en matrimonio a Feliciatti tres largos años antes de prendarse de Valentina. Con él tuvo gemelos robustos. Dejóse destinar para Feliciatti por su padre, a quien también su esposa había sido destinada por el suegro. De blanco frente al altar, con todos los permisos y plácemes familiares recibidos, sociales y religiosos otorgados, regodeóse por vez primera imaginándose a solas con Feliciatti. Feliciatti, de exactamente el doble de su edad.

Espléndida ella por simple existencia, sin artificios, casi sin poses. Feliciatti, barnizado comerciante en comestibles, en cambio, ampuloso y plagado de latiguillos. Amante ponderable después de todo, lo-graba estremecerla. Los gemelos, como dije, robustos, nacieron sin dificultad.

El flechazo entre Valentina y la fresca y pimpan-te criatura prodújose en la fiesta donde descubrieron

que la progenitora de Valentina, en su condición de obstétrica, había asistido a la progenitora de la pro-genitora de los gemelos en el parto en el que vio la luz.

Cuando la obstétrica enviudó, Feliciatti, por des-pecho, enterado de la incidencia de Valentina en su cónyuge, decide seducir a la obstétrica. Empieza la noche misma del velatorio del marido, y redondea la entusiasmante tarea, semanas después. Valentina y la destinada a Feliciatti festejaron el salpimentado romance.

Cristalizadas perduran más o menos así las cosas. Socios y barnizados comerciantes, habiendo adoptado con naturalidad los latiguillos alocutivos de su padre, los gemelos, hombres de bien, se mantie-nen indeclinablemente robustos y ampulosos.

Novios

Temblequean las sillas, roñosísimos y quemados los mantelitos, las paredes, rugosas y coherentemente húmedas, así como el techo, con ondas. El olor ambiente casi *se oye*. Sobre el mostrador campean sándwiches de pan francés envueltos en un plástico transparente, aunque no lo bastante, y en otro envoltorio de idéntico material e inconfundible aspecto, se exhiben facturas apelmazadas. En la mesita aquella, fumando, mientras aguarda el comienzo del show, mi novio lee el capítulo onceavo de “Las Alas de la Paloma”. Soy una de las potras en bikini maquillándose en un cuartucho con insignificantes pretensiones de camarín.

Retazo

Nació por vía de cesárea Cristina, único descendiente que tuvieron sus padres. El nombre lo improvisaron de apuro, por así decir; lo extrajeron de una criteriosa galera, tras evaluar la armonía fonética junto al apellido. Aguardaban a Juan Ramón Ernesto e irrumpió Cristina. El desencanto se fue desplegando corrosivo en sus ánimos.

La niña, alumna aplicada, fantasiosa y fácilmente ridiculizable, encorbaba la espalda, fruncía los labios cuando se concentraba, bizqueaba a veces y, adolescente ya, padecía ataques de picazón, o lloraba.

En procura de reducir fatigosa gimnasia (contar paradas de colectivos, o perros, o automóviles con

tales o cuales características), ritos incoercibles (sentarse durante unos instantes en determinado sillón, antes de tomar la merienda), sueños repetitivos (su madre obstinándose en ofrecerle muestras de comprensión y cariño), concurrió a un curso de control mental que promocionaban por radio. En esas estaba, cuando ella y el licenciado que dictaba el curso se enamoraron. Sin tropiezos accedieron al altar; y ahora, él la embarazó y la tiene ilusionada con que por fin nacerá Juan Ramón Ernesto, una generación después. *Retazo de vida.*

Mario y yo

Mario había ido a bailar (a ver bailar) al Club Villa Malcom. Yo concurría siempre con mis amigas. Era avispada -expresión de mi madre-, y con chispa. Y la de más éxito. Bailaba lo que fuera -“la ardilla tropical”-, no sólo cumbias y lento. Prefería a los carilindos, y dentro de estos, a los respingones. Le daba muchísima importancia al pelo de los muchachos. Al corte y a la consistencia. Los lacios me enloquecían. Pero carilindos, respingones y con espectacular cabellera, me aburrían soberanamente después de las primeras salidas. El más rescatable resultó uno al que le decían Larry. Perspicaz, tenía conversación, y estaba embarcado en un trabajito delineado, de mucha paciencia, conmigo. Pero no alcanzó.

Mario, contra una columna, me seguía con la vista, cuando lo descubrí. Evalué. No reunía mis condiciones pero tenía encanto. Una cierta tristeza. Vida interior. Pensaba: debe tener vida interior. Me acer-

qué a la columna. (A su lado, el urso veterano con orejas y nariz de boxeador que cuidaba “el orden y la moral del establecimiento”.) Encaré a Mario sonriendo: *No te vi bailar*. Dijo: *No sé*. Y algo más: *Ni boleros*. Consideré: *Alguien tendría que enseñarte*. Y algo más: *Me propongo*. El sonrió, por fin, y me preguntó: *¿Estás segura?*

Pasaron muchas cosas en tantos años. Entre las desagradables están los abortos que me hice. Ya no soy alegre. Estoy al frente de una perfumería en la que participo como habilitada. Ando siempre diez puntos (pilchas y maquillaje) y no realizo casi ninguna tarea doméstica. Volví a estudiar inglés, y practico aerobismo y equitación. Siento un miedo visceral a que mis padres, con los que aún convivo, fallezcan. Y el viernes me caso con Mario. Nos vamos a Ranelagh, donde él heredó un laboratorio de productos químicos para mantenimiento industrial.

Conductor

En la vereda de un cine céntrico, después de descubrirnos cuando abandonábamos la sala, Adriana se apresuró a notificarme que estaba separada y que compartía con tres gatos un departamento. Nos conocíamos de cuando su marido y yo correteábamos chacinados para la misma empresa. La voz ronca, hablaba y fumaba mucho. Como ya era habitual, yo hablaba y fumaba con moderación. En un café me contó que andaba a la caza de chofer para su Ami: no sabía manejar y se negaba a aprender. Vendía a farmacias sacarina y bicarbonato. Mostré interés por la vacante, aunque por esas cosas (y bolas sin manija), casi no había estado ante un volante tras mi oprobiosa obtención de la licencia profesional. (Clases y más clases de conducción de automotores en academias de Parque Centenario. En una, dos series de diez clases. En otra, una de diez y otra de cinco. En otra, una de cinco. En otra, una de diez. En el

examen, pretendiendo estacionar, volteé un caballete. Pero había estado magnífico en el teórico: que dónde quedaba el Hospital Pirovano, que cuál era la continuación de San Pedrito. Tomé más clases en otras academias. Por fin, en un examen en el que también volteé un maldito caballete, me aprobaron [apalabrado influyente en la Dirección de Tránsito].) Fue así que combine con Adriana horarios de trabajo y pago. Practiqué durante una mañana y a la siguiente, después de sacar el Ami del garaje, la pasé a buscar en plan laboral. Una noche me pidió que subiera a su departamento dos pesadas cajas. Jugué con los micifuces. Acepté pan con manteca espolvoreado con azúcar mientras salíamos al balcón. Como por inercia me insinué físicamente. Me eludió preservando acaso el incipiente vínculo empleadora-empleado. Procuró al rato retenerme, pero acaso preservando el incipiente vínculo empleado-empleadora, me fui. A

las cuatro semanas, en una esquina de Villa Pueyrredón, por embatamiento mío, choqué a un taxi. ¿La piña?: importante. Adriana no me saluda desde entonces.

Me siento culpable como si hubiese sucedido ayer. No digo que soy piloto de fórmula uno, pero ahora manejo bien. Guío un camión (Scania) con acoplado en el tramo Zapala-Buenos Aires. También, Patquía-Rosario. Y antes conduje micros de la Chevallier. Cuando el martes me crucé con Adriana por el obelisco, dio vuelta la cara. Parece mentira. Lo que es el rencor. En la actualidad tengo la edad que entonces ella tendría. Y está apetecible. Más que antes, *qué diablos*, sin duda. Y sin duda, Adriana, aunque reniegue, Adriana, me debe un romance.

Artista

Al principio del proceso de gestación, le ocasionaba inconvenientes diversos a su mamá, tenues y vulgares. El parto fue normal, y en la cama matrimonial de sus papis: borroso don Lacio, ya un provector, y Catalina. A Andresito lo antecedieron Gustavito, luego el robusto adolescente Gustavo, y Luisita, recibida precozmente de ingeniera civil y con promedio distinguido. Andresito y Gustavito eran rudos entre sí, en tanto con Luisita se mostraban considerados. Andresito era el más serio de los tres. Y el segundo más serio de los cinco. La fiesta acontecida a raíz del vigésimo cumpleaños de Gustavo, se malogró por el síncope que demoliera a don Lacio, más lacio que nunca yaciendo sobre el sofá del living, rodeado por la muchachada. Catalina no tardó en volver a casarse. Y Andresito contrajo hepatitis, *en represalia*, a modo de amonestación por ese enlace con un anciano entero y pintón. A él no le resultaba sencillo entregarse y disfrutar. Y se martirizaba por ni-

miedades y desacuerdos con circunstanciales novias o amigas. ¿Avatares?: un par de blenorragias, o bien, borracheras con vino del zorro, o amontillado, o vodka, después de cortes bruscos.

Quiso el destino que a su medio siglo se encamotara nada menos que con una mendiga con parada en Retiro. Y que la *sustrajera* y la hiciera bañar, y curar de esos estigmas ulcerosos en las piernas. Y la extirpara de las calles ubicándola en un piso donde la ama con fervor encomiable. Y la vista en Gina Buti y la peine en Miguelito Romano. Y la declare su musa redimida, ya que inusitadamente estimulado, escribe y pinta ahora, y la menta y la plasma desde la pluma y el pincel. Es en la Galería de Arte y Poemas Ilustrados Delacroix donde expondrá desde el próximo primero de marzo, fecha de la *vernissage* con celebridades invitadas, y ágape y prensa, hasta el diecinueve de ese mismo mes.

Film

Una joven dama argentina, se halla casada con un mexicano licenciado en abogacía. Tienen un hijo y una mansión en ciudad de México. Ella era cancionista de tangos hasta que se produjo su enlace, sin lo que se dice amor-amor, para acceder así, legalmente (por la puerta grande, principal), a la suprema misión a la que una mujer muy mujer está destinada: dar a luz y consagrarse al retoño. Aunque rígido el magnate esposo, condesciende en acompañarla a presenciar un ensayo de la compañía (en gira por aquellas latitudes) de artistas de variedades en la que había participado, para así reencontrarse con sus ex-compañeros, entre los que se cuenta quien fuera su novio, el pianista, que la sigue adorando. Incómodo entre esa gente, con brusquedad el marido se retira sin saludar. La consorte se despide de sus ex-compañeros, excusándose, con el objetivo de alcanzarlo. Esto no ocurre y acepta la invitación del gentil ex-

novio de trasladarla en su auto a la suntuosa residencia. Pero el pillo pianista no enfila hacia allí. La ex-novia lo advierte y protesta con despliegue motriz, a consecuencia de lo cual el automóvil choca, el ex-novio (y desde entonces ex-pianista) muere, y la ex-cancionista queda con magulladuras. Enterado el hueraño picapleitos, con estupor y arrasadora indignación, que su (para él) ex-intachable esposa se encontraba en el vehículo del ex-novio al desencadenarse el accidente, decide divorciarse de ella y, cruel, separarla del vástago, al que comunica que no volverá a ver a su madre (cuando éste, como siempre, se entretenía oyendo en el fonógrafo los discos de 78 grabados por la mami en épocas de esplendor). Corroído por los celos y la omnipotencia, el agraviado cónyuge destruye discos, fotos y demás rastros de la abominada. Disponiendo de influencias, consigue expulsarla del país. Adoptando un nombre artístico retorna ella a

su *métier*, en el que vuelve a descollar, y de este modo van transcurriendo los años, añadiendo alguna cana señorial y efectuando temporadas hoy aquí, mañana allá, con compañías conformadas, entre otros, por bailarines, músicos y malabaristas. No arma pareja (su representante y empresario la ama en secreto) y añora a su hijo, ansiando la extinción del ex-marido, a quien al admitir la derrota, hábale augurado que él abandonaría este valle de lágrimas, antecediéndole. Avispada un buen día de que esto había acontecido y que el hijo se tambaleaba, desmoralizado desde la desaparición física de su padre, que lo había criado en el odio hacia la supuesta casi ex-adúltera, regresa a México, tras caducar, merced ahora a sus propias influencias, la disposición que lo impedía. El muchacho se embriaga y dilapida su fortuna en juegos de azar, habiendo interrumpido la carrera universitaria (abogacía). Y es también el azar quien dispone que la chica de la pareja de bailarines que el empresario contrata ya en la capital azteca, esté noviendo con el confundido ricachón. Descubre la madre que ese mozo apuesto e impertinente que le fuera presentado en una fiesta, candidato de la vulgar y trepadora danzarina, es exactamente su único hijo. Dimes y diretes, lindos momentos y malos entendidos, desesperación

y regocijo, la madre impulsa tan perfecta estratagema que logra desnudar los innobles (embaucadores) propósitos de la blonda ordinaria, que no sólo no estima al muchacho, sino que, además, está ya unida en matrimonio con su *partenaire*. Es tal el flujo de apasionada simpatía que irradian hijo y madre entre sí, que producidas diversas citas equívocas, el hijo enuncia, intentando besarla en los labios, que ha comprendido que ella está que arde por él. La madre se horroriza, claro, qué menos, se espeluzna, y se casa, de nuevo sin amor, con el representante y empresario (*como para conjurar pulsiones*, me sopla sonriente un amigo, estudiante de psicología). Por fin, estando la madre interpretando en el primer coliseo un tema amargo, sombrío, pernicioso, impregnado de desconsuelo, y divisando al hijo entre el público yéndose abatido, intuye de súbito que él se escurre dispuesto, acaso, a quitarse la vida. Corre y lo alcanza, así nomás, él ya en su *coupé* y con el motor en marcha. Ascende y él arranca furioso, contrincante de sí mismo, y conduce a velocidades inauditas, sin rumbo, mientras ella lo apremia instándolo a toparse contra el bendito grado de parentesco que los involucra. Se lo grita la madre justo cuando la *coupé*, ingobernable, está por desbarrancarse. Ambos salen despedidos, la *coupé* se incen-

dia, la madre (Libertad Lamarque) perece, y el hijo, contuso, llorándose todo, la sostiene entre sus brazos (filiales en la tragedia), sentado, apoyado contra un árbol, como a una amante.

Vista apaisada del ombligo

Infantil

-Cuando era chiquita me soñaba una casa -dice la mujer-. Que era una casa. Que yo era una casa en cuyas tejas los pájaros y las palomas no sabían asentarse. Se desprendían, resbalaban, no sé; alguno no levantó vuelo y se estrelló. Y se murió en mi jardín, entre las flores, entre los carteles que explicaban la procedencia de esas flores vistosas, con tanto amarillo y negro, tan desesperadas. Se murió en mi jardín, uno. Y nadie lo enterraba. Era chiquita la casa que yo era: un chalecito. Había una virgen de Luján en el fondo, empotrada en una pared descolorida. No sé quién le llevaba menta. Los bichos canasto estaban siempre con ella. Las tejas, no me acuerdo. Pero los pájaros se caían, todos se caían.

-Uno se murió -dice el hombre.

-Resbalaban, no sabían asentarse -dice la mujer-. La chimenea nunca largaba humo. Estaba siempre lim-pita. Ni las palomas ni los pájaros iban a la chimenea.

Intentaron varias veces no resbalar, aletear con precau-ción.

-Uno se murió -dice el hombre.

-¡Sí!... ¡Uno se cayó, se murió!... -dice la mujer-. Y nadie lo enterraba. No sé cuántas muñecas vivían en mi casa. Lo miraban al pájaro y seguían de largo. Por ahí se detenían un momento, y de lejos nomás miraban y seguían de largo. Con ojos estúpidos mira-ban y hacían lo que tenían que hacer, menos ente-rrarlo o quemarlo o tirarlo afuera. Todas tenían mi cara, las muñecas. Eran muchas, más de las que po-dían caber. Todas parecidas pero ninguna era igual a otra.

Dice el hombre:

-Mi amor.

-¿Qué?... -dice la mujer.

-Nada -dice el hombre-. Te beso.

La besa en los labios. La mira mientras la besa.

No la abraza ni la toca más que con los labios. Deja de besarla. Detenidamente mira el pelo, el cuello de la mujer. Sin tocarla más que con los labios, vuelve a besarla en la boca. La mujer, sin separarse, llora. El hombre, con un brazo, la toma de la cintura. La mujer besa las mejillas del hombre. Con la otra mano, el hombre, toma la cara de la mujer. La mujer lo abraza. Lloro.

-¡Yo era chiquita!... -dice la mujer-. ¡Yo era chiquita!...

Comida

Mediodía. En el centro del comedor, una mesa de fórmica de dimensiones regulares. Una silla, un sillón de mimbre, un combinado. Se oyen discos de 78 R.P.M. de Alberto Margal e Ignacio Corsini. Entra un poco de sol por una ventana exigua, sin cortinado. En las paredes, un crucifijo de aleación incierta, fotos de un niño serio y sonrientes personas mayores, y un calendario que estipula una fecha que no es. Adornos de cerámica y un cenicero de vidrio sobre el combinado, donde también se encuentra una lámpara sobre una carpetita de ñandutí.

Aparece el hombre desde la cocina. Viste una camisa blanca de manga corta con los dos botones superiores desabrochados y un pantalón beige demasiado grueso. Está calzado con chinelas y tiene colocado un delantal. Es flaco y alto en exceso, de nariz respingada y cabello castaño, largo y descuidado.

Trae un mantel celeste con el que cubre la tabla

de la mesa y una servilleta haciendo juego, la cual acomoda. Se lo ve contento y en paz. Sale. Es pronunciado el aroma de una sopa especiosa.

Entra con una panera de plástico flexible con grisines malteados, manteca y sal que coloca sobre la mesa. Sale. Se lo oye silbar durante unos segundos.

Entra trayendo la frutera y un huevo duro sin descascarar en un platito. Sale.

Entra con las angarillas (y sus frascos con aceite y vinagre) y los cubiertos. Ubica los elementos sobria y aplicadamente. Elige el mejor sitio para cada cosa. Sale.

Entra con una mesita rodante sobre la que se halla una sopera con su cucharón, platos, una botella de un cuarto litro de vino blanco común, un sifón, una copa y un sacacorchos. Pone sobre la mesa el vino, la soda, la copa, el sacacorchos y un plato hondo. Sale.

Entra trayendo un plato con buñuelos de dulce de batata. Y una ensalada de apio y remolacha. Y un plato con queso rayado. Sale.

Entra ya sin el delantal trayendo mostaza, pickles, escarbadientes. Los coloca y reordena. Acerca su silla y se sienta.

Descascara el huevo, lo sala. Unta con manteca un grisín. Echa sal sobre ese grisín. Prepara la ensalada. Lustra una manzana. Descorcha la botella de vino. Se sirve vino. Sin soda. Se sirve la humeante sopa. Revuelve la sopa. Sopla el humito. Le echa queso. Vuelve a soplar. Le echa pedacitos de uno de los grisines de la panera. Revuelve. Pincha trocitos de apio.

El tenedor llega cerca de su boca pero no puede abrirla. Deja el tenedor en la ensaladera. Agrega un chorro de vinagre. Revuelve la ensalada.

Lleva el vaso de vino a sus labios. Estos no se entreabren. Se le vuelca vino. Deja el vaso en la mesa. Toma la servilleta, se limpia.

Toma el grisín con manteca y sal. Intenta morderlo. No puede. Va inquietándose. Deja el grisín en la mesa.

Toma el huevo duro. Procura morderlo. No puede. Se le tensan los brazos y las manos y los dedos.

Deja el huevo en el platito. Toma el cuchillo. Corta el huevo en rodajas sobre la ensalada.

Toma el vaso de vino. No puede beberlo. Lo deja. Se contiene. Coloca el dedo mayor de su mano izquierda sobre la tapa agujereada del salero y lleva ese dedo, con algún grano de sal, hasta su lengua.

Procura que la cuchara con sopa se inserte en sus labios. Estos se abren pero no sus dientes. Tira la cuchara en el plato. Vuelca cosas al suelo, se sube a la mesa, toma el sifón, apunta el pico del sifón a su sien derecha y vigorosamente se dispara un chorro de soda.

Familia

El hermano, vistiendo sólo un pantalón vaquero, dispara balas de fogueo a la hermana, quien, cubierta con sólo una camisa vaquera, dispara al hermano balas de fogueo. Ambos con escopetitas, hermosos, tostados. Eternamente veinte años. Se esconden detrás de árboles y matas. Apenas agitados, cesan de disparar. No hay viento. *El efluvio solar envuelve al hermano y lo constriñe:*

-A mí se me mezcla, ¿no?... Se me mezcla. ¿No? Es como que no es de una sola manera. Se me mezcla... así... digamos... emociones... impresiones... y una especie de objetividad que se me aparece desde mi edad actual, desde las cosas que fui descubriendo. Era... muy caliente. Muy caliente. Quiero decir, muy de tener las manos calientes... siempre. Muy como implacable. Cariñoso. De estar siempre detrás de... del... del demostrar su cariño. Por ahí pienso que en realidad estaba tan... tan... tan desoladoramente nece-

sitado de que... le dieran y estuvieran mucho con él demostrándole... que...; tal vez, todo lo que él hacía era para que le devolvieran... para... como si dijéramos para... provocar una suerte de inducción... a ver si yo me volcaba hacia él, a ver si era más expresivo con él, más comunicativo, más... más de ir a buscarlo, más de jugar con él, más de demostrarle que lo quería, o que era bueno que estuviera o que existiera, que fuera mi papá... Eh... Pienso ahora que... es más esto último, ¿no? Esto de... de... necesitar recibir... Y esto es cada vez más claro si advierto qué cosas empezó a decretar alguna vez, no sé cuándo. Empezó a decretar cosas tales como... besos... El debía ser besado por mí, al despertar... al saludarlo, al... decirle buen día. Y a la noche tenía que besarlo y decirle hasta mañana, que descanses, y era así... era por decreto. Yo... tal vez nunca lo he pensado antes que ahora mismo, y tal vez hay algún contenido secreto

en esto que acabo de pensar, pero quizá, después, o antes, o igual que su madre, que a su madre, quizá, a quien más quiso o quiere, en toda su vida, es a mí.

Lejanos, con lentitud, paseando, avanzan los padres. La madre, tomada del brazo del padre. Trae una cartera. Son llamados al unísono por los hijos, que se acercan.

La hermana: -¡Mami!...

El hermano: -¡Papá!...

Al ser requeridos y tras un instante de vacilación, intentan acudir hacia el hijo por el que han sido llamados. Se topan de frente, chocan entre sí, seca y absurdamente. Caen. Muertos. Los hijos se aproximan a los cuerpos. Ella toca al padre con el caño de la escopeta. El se agacha. Mira en detalle a los padres, sin tocarlos. Deja su escopeta en el suelo. También la hermana deja la suya en el suelo, y agachada, mira en detalle a los padres, sin tocarlos. Se arrodilla y mira al hermano, quien levanta un pie de la madre. Lo apoya con suavidad en el suelo. Levanta un pie del padre. Lo apoya con suavidad en el suelo. Ella coloca los cuerpos boca arriba. El levanta la cabeza del padre. La apoya con suavidad en el suelo. Ella empuja con la punta de sus dedos la cabeza de la madre hacia uno de sus lados. Toca la nariz, los párpados,

los párpados, las orejas de la madre. El pone sus manos sobre las rodillas de la madre. Ella toma una mano del padre y la coloca sobre el abdomen de éste. Se acerca. Lo huele. El hermano mira a la hermana. Toma una mano del padre. La levanta y la deja caer. Levanta un pie de la madre y lo deja caer. Huele al padre. Huele a la madre. La hermana pone su cara sobre el hombro de la madre. El hermano hunde sus dedos en el busto de la madre. La hermana coloca el dorso de su mano debajo de las fosas nasales del padre. Palpa el antebrazo del padre. Besa la frente del padre. El hermano abre la cartera de la madre. Extrae una tijerita. Corta la corbata del padre, dejándole el nudo en el cuello. Mira la parte cortada, la alza, la tira. La hermana abre la blusa de la madre. Toma de la mano del hermano la tijerita. Corta un redondel de género de la enagua de la madre, que deja descubierto el ombligo de ésta. El pone su boca en el ombligo. Sopla. Se aparta. Mira a la hermana que, a su vez, lo mira. Vuelve a poner su boca en el ombligo de la madre. Sopla. Se aparta. La hermana se incorpora. Se para sobre los muslos del padre. Luego, lo descalza. Le saca una media. Le pone la media entre los dedos del pie. El hermano extrae de la cartera un osito a cuerda. Le da cuerda. Lo acerca a un oído de la madre. Le

descarga la cuerda. Vuelve a darle cuerda. Lo coloca sobre el pecho del padre. La hermana le saca a la madre el pañuelo de seda del cuello. Le envuelve la cabeza. Los hermanos desabotonan las prendas de los padres. Las rompen con las manos y con la tijerita. Huelen los cadáveres. Se miran.

-Pero... pero... -dice la hermana- ¡pero no... sue-
nan!...

Atardece rápidamente.

De incógnito

Es de tarde. El arrendatario del teatro no está a la vista. En el hall: nadie. Nadie en los baños. Nadie en la platea ni en los corredores. La salita es agradable, me siento en la última fila: alguien ensaya.

-¿Y?... ¿Qué hacemos?... Fuera de foco, ponéme en foco. Corrección a derecha, mucho fantasma -*indica la pelirroja, único ser humano en el escenario.*

-La música...

Queda como oyendo. Reparo en los grandes armazones rodeando el banquito en el centro, con la mujer allí sentada.

-Necesito corregirte más, llegar a mi Julita. Concienzuda como yo, vos. Recta y vibrátil, vos. Una muchacha todalabios.

Súbitamente me caliente.

-El piensa que soy una maravillosa muchacha todalabios. Y una muchacha. Una sinuosa y dulce e inaceptante.

Doce armazones. Los que dan a proscenio y uno de los de foro, vacíos.

-El, soy yo confundida. Pero... ¿Qué él?... ¿Quién él?... Hablando sola cuando sé que me oyen, oyendo cuando no creen que los oigo; lastimada, sin ganas de comer. Comiendo sin saber que lo hago. Arrancándole pollo al pollo, pitando sin fumar. Y esto es hablar claro, Julita. Julita. Digo Julita aunque y porque nadie me lo dirá. El me lo diría. Si yo creyera que él es él, me lo diría.

En uno de los armazones hay un banquito muy alegre.

-Necesitás oír lo que necesitás creer. ¡Sos una mujer, sos impune!... Oí esto, oí... esto, ¡oí!... ¡O... iiiiii... eeeesssstto, eeeesssstto! ¡Qué divino!...

¡Y pone una cara de orgasmazo la pelirroja!

-Soy una “moglie” ahora, Julita -*mirando fijamente al banquito muy alegre-*. Con lo cual debo querer decirte algo. No sé, ni sé qué.

Yo tampoco, la verdad. Y eso que soy un tipo permeable.

-Que soy menos que un misterio, una concha. ¡¿Qué importa?!: mamá no está. Mamá no está, o está lejos, o es lejos de mamá que somos menos un misterio.

Y se mata de risa la joven actriz. Me guardé hasta ahora de comentarles que en un armazón hay un mural con la susodicha sentada, perfectamente desnuda. Brazos muy gruesos: lástima.

-¡Pero qué!... ¡Nadie me violó a mí, nunca me violó! -aduce "increpando" al armazón en el que se halla inserta una placa de metal opaco y estriado; yo diría: manchado; salpicado y oxidado.

-Sí, me gusta tanto como a él tu sonrisa, todos tus dientes, mirarte la piel de las mejillas y el mentón; dejarme comer una oreja tenue por esa boca que me quiere. Necesitaría que me quede tranquilo adentro que me quiere. Que el amor de él es para mí. Que él quiere poder sacarse su amor y dármelo. El nunca te dirá Julita. El se explayará sobre "la malversación de María Julia", sobre "Julita malversada" -*le habla al banquito muy alegre*-. El te dirá "todo es inútil". El te dirá: "¿Yo soy inútil, entonces?" Oí... -dice; y canturrea lo que encomillo:- "Cuando eras, llena eras de mí".

En varios armazones hay espejos; uno, "deformante".

-Escribíle una carta que él no rompa antes de leerla.

Cuento: me la imagino con adorables arruguillas al borde de las comisuras.

-El se viste y se va. Y él todavía te da un beso. Se escapa así. Así. Vos aprovechás que él se olvida de vos, que él se duerme, y te vas.

Se toma un tiempo escrutando cada uno de los espejos. Me pregunto: ¿no se pondrá de pie, no se trasladará? Opino: soy imparcial: es atractiva.

-El no ha de desanudarse esta soga aromática, este lazo de caucho, Julita; que él no te dice Julita, Julita, porque vos no das lugar más que para vos diciéndote Julita; a él también le parece delicioso lo que oís y que lo acaricies por detrás y le busques las piernas y le des a oler tu corazón crudo, tu narciso.

Bueno, no está nada mal la metáfora. Me estoy acostumbrando a la calentura. Reacomodo la verga, pobre: aberrojada.

-¿El de tarde o él de noche?... ¡A mí él de tarde y relámpagos, cuando me evaporiza, cuando me vampirea, cuando me transmigra, cuando no es posible regresar y le digo que no un segundo después, que no,

que no, que no, que ya la última vez había sido, y que no, le digo y lo siento más, y él no cumple, no cumple, no cumple y me posee hasta todas las edades!...

Se va a sentar en el banquito muy alegre.

-Y me posee, María Julia.

No dije cómo está vestida: short negro, descalza, una blusa fucsia pudiera ser, con la luz...; cuatro spots, uno con gelatina.

-Las pecas y el ombligo me posee. Me mastica. Percute y repercute: es una orquesta, una banda de dixieland. Julita de tarde no te conoce.

Infiero que quien replica ahora es el mismo personaje, adolescente. ¿Correcto?... ¡¿Estoy entendiendo algo, Dios mío?! Y aquí se pone ésta también con el “oí, oí, qué sincopa” y todo eso.

-Mamá me lleva al sol. No le importa. Le digo: “No quiero ir, mirá la espalda”. “María Julia tiene una linda espalda, con huesos lindos y la piel suave.” “Sí, pero éstas no se van.” “Te quedan bien.” “Vos lo decís, pero los muchachos se fijan.” “Y les gusta. ¿Qué hay?” “Hay; porque no les gusta y yo no las quiero tener.” “Se te metió en la cabeza.” “Entonces, dejáme.” “Te dejo, ya sos grande.” “¿Para qué?” No contesta. Mamá se va. Me lleva al sol. Tomo aire de

mar. Mi mejor amiga, nada. Yo, leo; y estoy más preocupada por mamá que por los muchachos.

Largo el pelo de la mina. Naricita. Operada. Demasiado. Ansío ficharla desde la primera fila.

-¿Y usted? *-pasándose al banquito del centro; mirándose en uno de los espejos-*. Nunca me tome de la cintura. No cruce conmigo así. No me siga. Camino ligero. “¿Me permite, preciosa, que intente ser su tobogán hacia usted?” Hasta ahí, bien. “¿O su sube y baja?” Chiste. Gracia inconfesable. Estoy apurada, no me comprometa. Quédese en el coche y a pie. Estoy apurada. Voy a...

Cejijunta, mira la placa de metal oxidado, etcétera.

-¿Y usted? ¡No se encare conmigo, puedo descontrolarme y huir hacia usted! ¡Que estoy soportando estar tiznada, y esta corona de cabello y azafrán, y el dale que dale, y el cansancio y el trajín y el sudor! Baje los ojos. Mientras tanto, yo...

Sigue el delirio: ahora “enfrenta” al espejo “deformante”. Pero es como si hubiera olvidado el parlamento. Mira a un espejo, mira a otro. Al mural:

-¿Toda se me ve desde esos ojos?

Echo un vistazo a la sala: nadie. Pene menguante. Mientras me distraigo.

-No lo van a conseguir, no lo consiguen, una

mano me queda por allí, que intervenga toda; tres o cuatro ligamentos debajo de la cama, que toda participe; no, no, mis globos verán a otro, a otro más, otro paisaje, montada en bicicleta y no en vos, no me dejás pensar, ¡hijo de puta!... ¡Si te dije que no, te uso, hacéme lo que quieras! No, así no, al final te uso, dejáme monocorde, guacho, que yo no quiero ser un manso río, me duermo como una persiana, quién te pidió, que no me voy a quedar en manso río; eso es lo que vos quisieras para gloria de tus espolones. ¡Yo me quiero morir, santificado sea mi nombre, María Julia!...

Estoy otra vez atento. Sí, es alta; calculo: en chinelas, como yo. Se va al otro banquito.

-Quiero...

Se va al otro banquito.

-¿A quién?

Se va al otro banquito.

-Yo paseaba en bicicleta con mi mejor amiga. Por las piernas, porque estiliza, endurece; andábamos mucho, estiliza, ella estudiaba, ella estudia todavía, mi amiga íntima, me suena raro...

Así yo, vanamente erecto, mientras ella se sienta en el otro banquito.

-Pero sólo te cuento que andaba en bicicleta.

Que hice una vida sana, aunque el sol, que tuve contacto, aunque no fuera Julita para nadie.

Estallando:

-¡¿Y si a veces no me las arreglo?!...

Sonríe. Luego:

-¡¿De qué te reís?!...

Pene reinicia su fase menguante: ¡este pene! Y aquí viene un jueguito donde la actriz (versión castellana de Meryl Streep y Faye Dunaway) cambia de banquito unas doscientas veces mientras se ríe a rajacinchá con lágrimas y toses. Deseo aplaudir. O algo con ella. Me contengo. ¿Qué hago: me escabullo y aparezco después, como si nada? ¿Acabó? Es decir: ¿habrá concluido?... No me contengo.

Circo

El hombre ocupa el área ocre de la pista. La mujer, el área aceituna. El hombre, debajo de una mesa liviana. Cerca y silencioso, un enanito disfrazado de enanito de jardín. El haz del “buscador”, quieto, lo ilumina. Se enloquece. Se pasea por el área ocre. Se detiene en el hombre: Romeo, el italiano. Habrán de imaginárselo: candor.

-Estaba helado. Yo puedo. No me faltaba demasiado para consumirme, desde luego. Pensé: soy un caracol derretido.

Los acomodadores, acomodan. El público se llena la boca con pochoclo. El hombre da vueltas.

-Para llevar sólo lo que necesito, ahora que confirmado sé que puedo, ¿cómo supone usted o cualquiera que quiero seguir prefiriendo seguir recluso debajo de esta mesa?...

El hombre gime. El enanito amortigua un profundo bostezo. Otras luces se encienden.

La mujer porta cofia, grandes aros, fantásticas pestañas y camión transparente, acampanadísimo. Ciento treinta metros de largo; y con muchas y pequeñas pesas en el ruedo. No usa ropa interior. Muslos. Globos pesados. En una cama allá a lo alto, a lo muy alto, *sublime*. A la cama (tobogán) se sube o se baja (o se bajaría) por una escalerilla. Cubierta por una sábana, la mujer resopla, emite chasquidos.

-¡Si no quiero a todas las personas!... Y ya sé que no soy una princesa. Pero quiero vivir. Vivir... esta vida. -Llama:- Claudio... -Se destapa la cara. Como si lo tuviera a su lado:- Claudio. ¿Pensás en mí?... Claudio.

El enanito, con disimulo, mira hacia las gradas. El público mastica pochoclo. Un león ruge, lejos. Ella sigue:

-Una foto mía no la tiene que tener un... Un navegante, sí. Un diplomático, sí. Alguien que me merezca. Me da una cosa cuando fantaseo... Me sua-

viza toda. Tu amor me vivifica. ¿Soy como de terciopelo? Como que me astillaría por un parpadeo descontrolado.

El enanito carraspea. El público traga pochoclo. La mujer:

-¿En qué estás pensando, malo? Malo-malo. Sergio Sebastián. Eso sí. Es justo lo que me pedís. A mis pies y con cara de que me comprendés. ¡Ay, cómo me estimula saber que estás en alguna parte! Podés, entre los dedos podés besarme. ¡Ay, cosquillas! -Saca un brazo-. Vos no sos Alejandro, Arturo. Sos azafrán, un soldado templado, un soñador. Me voy a bajar de acá y vas a ver. Sí, sí, corré. No vale que me llamés a los gritos. No soy una mujer para gritar. ¡Y además no quiero a todas las personas!... Soy para apreciar. Una joya de mucho valor. Aunque esté decaída, desmemoriada. -Intempestivamente, como si alguien la tocara:- ¡Roberto!... -Saca el otro brazo-. A ver... -Hunde la cara en la almohada-. ¡Toda mi vida! ¡Toda mi vida, Roberto, si te sirve! Oigo palabras y como un aliento. Olas que vienen y ¿qué hago con la espuma!?, decíme. -Se recompone. Queda destapada hasta la cintura-. Un poco de recato es necesario. Y perfumes. Fragancias del Oriente Medio. O bien, del Trópico de Aries. Una tiene su lugar en la

historia. En la historia trasquilada. Su lugarcito. En la historia trasquilimocha. Su propio lugar.

El hombre, absorto, en éxtasis. El enanito se adormila. Los acomodadores tantean sus bolsillos. La mujer:

-Como un clavo en la pared. Como un pez en el agua. Como un geranio en el florero. Como una pluma en el capuchón...

Al público le causa gracia.

-Como un murciélago en el aire. Como una bala en el tambor. Como un olor en la pituitaria... -También a ella le causa gracia lo que dice-. ¡Como un antropófago en la olla! ¡Como un hombre en el anzuelo! ¡¡Como un plato con mierda en el ojo de una aguja!! -Se destapa más. Se recompone-. ¡Aaaaaahhhhhhh!...

El público ríe. Los acomodadores se van. El enanito se desmorona. El hombre arrastra la mesa en dirección a la mujer. Serenata:

-Yo te quiero explicar
que soy tu zona más querida:
el área de la mansedumbre,
el eslabón perdido,
el tornillo que cayó
del avión de tu inconstancia;

ámame como a los repollos,
escuálida mujer frontal,
yo puedo, yo puedo, yo puedo,
yo solo no puedo tanto,
¡yo puedo más con vos!...

La mujer saca una pierna de abajo de la sábana.

-¿Es verdad? ¿Es verdad, Gerardo? ¿Qué late?
¿Qué late acá?... ¿Es cierto, Ignacio? ¿Cierto-cierto?
¿Así?... No es fácil aceptarme. ¡No es nada fácil para
mí! Quiero abandonarme. Torcerme los tobillos...
Suavizarme. ¿Quién no lo querría?...

-¡Yooooooo lo querrííííaa!... -dice el hombre. Y
para sí:- Espero todo todavía...

El público, serio. Nadie come. Otra vez el rugir
del león.

-¿Es verdad, opaco? -dice la mujer-. ¿Me clava-
rías un puñal amoroso?... ¿Me eyacularías la luna?...
¿Me serías completamente pernicioso? ¿En qué parte
tuya... podría verme reflejada?...

El hombre asoma medio cuerpo de entre las pa-
tas de la mesa.

-¡Soy oído por fin!... ¡Soy oído por alguien más
que yo! Mi casa es clásica y es leve. ¿Debo habitar
yo?... -Advierte dónde ha quedado la mesa. La desliza
hasta volver a cubrirlo-. Recién creía que sí...

La mujer saca la otra pierna de debajo de la sába-
na. Se arregla el camisón.

-Oscar-Eugenio-Miguel-Matías-David-opaco-
opaco.

El hombre llega con su mesa al pie de la escaleri-
lla.

-No, no, no. Sí. Yo sí. No, no. Ay, sí, sí, sí.

La mujer se incorpora.

-Yo puedo -dice el hombre.

-Sí -dice la mujer.

-Yo existo -dice el hombre.

La mujer toma el ruedo del camisón. Arroja pe-
sas y camisón.

-Sí -dice.

-Yo existo, carajo -dice el hombre.

La mujer cubre con su camisón al hombre y su
mesa. Una carpa.

-Sí -dice.

Se apagan las luces. El público llora, grita, pata-
lea. Las lágrimas derramándose por las gradas son
despejadas con rotundos secadores por personal de
boletería. El público lanza sus sombreros a la pista.
Se encienden las luces y el hombre y la mujer no
agradecen las efusiones. El enanito, ya lo dijimos,
sinceramente, duerme.

Travesía

El intrepidísimo navegante solitario, boca abajo sobre una tabla que en absoluto es más que la tabla de una mesa, con brazos y piernas abiertos y extendidos y, sin rigor, usando estos miembros a modo de remos, surca la inmensidad del océano. Se divierte, hace ruidos con la boca, farfulla. Luce tres prendas: gorro para ducha, calzoncillo anatómico con elástico tipo faja y medias de lana.

-¡Una roca!... ¡Cuidad el palo menor! ¡Que no se abolle la eslora!... ¡Aplicaos a una labor intensa y desmesurada!... ¡Subordinación y subordinación!... ¡Nada de tejer ahora!... ¡Proteged la nave! ¡Cuidad de que no encallemos!... ¡No escupáis como gesto de irrefrenable enojo! ¡Os vi, os vi, corbetero de segunda!...

Abandona ese juego. Se moja la cabeza en el agua. Mira a lo lejos.

-Uia... Esa nube no estaba... Si tuviera un arco te

tiraba una flecha, te hacía bajar la frente. ¿Qué, no es tu manera de reír, llover?... Vení, llovéme..., que acá hay un pecho...

Es una mañana luminosa. Los tiburones duermen: sueñan con deliciosos navegantes solitarios.

-¡Yo soy bueno!... ¡Soy un buen pibe!... ¡Un buen soldado, capitán! ¡Un buen náufrago, doctor! ¡Un buen *ányelus*! ¡Un buen orquestador del atardecer!... ¡Un buen marrano que se cagó en su propia boca, se puso en penitencia, se dejó peinar, se arremangó las piernas y está acá!...

Brisa fresca. Es martes.

-¡Refrescando, caracho!

Meduloso. Es noviembre.

-Pensemos en un puerto. Y en un fondín. En un viejo poseído por el vino declarándome su corrupción transparente. Me quiere regalar su camisa y jura que me parezco a él, a las rodajas de sus hijos, jura, él

jura, dentro de los sándwiches de todos los fondines del puerto.

Se exalta. Ya van a ver: signos de admiración.

-¡Me quiere convertir en una oreja, en una cama!
¡Me quiere abrazar con su aliento! ¡Qué solidario!...
¡Yo apenas puedo conmigo, caballero! ¡Apenas me
puedo dejar zarandear y golpear por alguna adversidad
que *yo* elija! ¡¿O se cree que no me conduelo de mí?!
¡Ni una boya, ni una! ¿Usted me entiende? ¡Ni
una! ¡Ni una!...

Se pone de pie. Tormenta.

-¡Yo quería ir hacia allá!...

Trata de señalar, pero la tabla se mueve. Chaparrón.

-¡¿Vas a amainar de una vez?! ¿Vas?... ¿Eh?...
¿Sí?... ¡Soberbios! ¡Cenagosos! ¡Una vez barrí mi casa
grande con una escoba nueva! ¡Y maté a una hormiga
con una cucharita! ¡Y sepulté un juguete de mi amigo!
¡Y le apreté la clavija al guitarrón pero rompí la
cuerda! ¡El vino no! ¡Mámese usted, si quiere! ¡Usted
es un empedernido condenado!...

Cede la tormenta. El osado navegante solitario se calma, cede. Hace flexiones. Después:

-Confidencialmente, yo pienso en mi saltimbanqui interior. Irrespetuoso, forajido... Soy un escrutador feroz.

Anochece. La luna desciende sobre él: queda a unos cincuenta centímetros. Media luna. El todavía no se da cuenta.

-Un escrutador como me gustaría que hubiera otro. Uno siempre busca equipararse, aunque no haya una intención *aviesa*. Son las ganas de uno de resultar imprescindible. ¡Qué capítulo, señor, escribiéramos todos si no tuviéramos que remar!... Es que uno, se obstina en no ser un buen pez. Pero, ya se sabe, pulmones no son branquias, branquias no son pulmones.

Sin mirar directamente a la media luna:

-¿Y a vos quién te conoce? ¿Te mandaron a espiarme? ¿Traés algún mensaje? ¿O querés que te diga un versito?... Sos una desamorada. Te sacaste las plumas pero es inútil. Me pongo veleidoso cuando me persiguen. Supe renunciar a vos, también. ¡Me soy tan obediente ahora! Vos no lo creerías ni en cien siglos, que ya sé, para vos es nada. ¡Ay, luna, yo te conozco, no me pude olvidar de vos! ¡Entré a tu dormitorio tantas veces! “Sos un seductor...” ¿Yo, un seductor?... Te regué mis vocablos más irreproducibles. Te extorsioné con un fervor diletante. Autorizaste mi impulsividad y toleraste que instalara mi corte deprimida.

Mira a la media luna.

-Pero yo prefiero que te vayas, ahora. Te quiero mucho, sí, te quiero mucho. Estoy demasiado inmerso en mis propios pozos. Y sucuchos. Un chico se cayó por una de mis grietas. Todavía podría decirte cosas que nunca te dije. Atorarme con tu luz. Pero yo prefiero que te vayas, ahora.

La media luna asciende con lentitud. Al rato, amanece. El navegante solitario observa el horizonte con un prismático que simula con sus manos. Playa a la vista. Hacia allí navega. Sin proponérselo. Sin verdaderamente proponérselo. Mujer desnuda en la playa a la vista (con anteojos oscuros y pulseras), que habla, discierne y se unta con protector solar:

-Todas mis tías muy febriles, muy bienhechoras, un nudo al lado de otro nudo. Pero mamita, no es la primera vez. Pero mamita, no es la segunda vez. ¡Pero mamita, no es la última vez, esa vez!... ¡Todos los mil ojos, las mil empastadas rodillas de mis primas, las mil putas absortas trompas de Eustaquio oyéndome desangrar, y nada! ¡Quienquiera puede levantarse la camiseta; yo, no! ¡Burras, burras! ¡Mujeres rellenas de algodón!... La docilidad para esto: una escarapela. Para aquello otro: firmes, escrupulosas, inexpugnables: otra escarapela. ¡Pervertidas! Mamá per-

vertida, pobre. Tías con el camisón triste. Esponjosas comedoras de chocolate. Bofe succulento, sí, para el gato que se comió al ratón, que se había comido a la araña, la que se había comido a la mosca. A ver, querida: plisá tus labios menores, que yo lo haré con los míos. Por favor, reprime tu virulenta condición, tus ansias de conocimiento desmesurado. No juguetees, no me alarmes, querida. No me juguetees *a mí*. No me estimules, no me hagas aparecer. Eso. ¡Eso es un nudo al lado de otro! Que nada se desate. Todas atadas, apenas entornadas, como para no morirse definitivamente. ¡Puaaajj!...

El navegante deja de observar con el prismático.

-Encallé..., encallé...

Camina unos pasos por la orilla, perplejo.

-¿Dónde estaba esta costa, esta arena suave?... ¿Qué hago yo conmigo ahora? ¡¿Qué hago yo conmigo ahora?!...

La mujer se saca los anteojos y mira al navegante. Este, intentando quitarse las medias, pierde el equilibrio.

Madre bañando a su hijo

El desnudo hijo dentro de la imperial bañera de hierro llena de agua. Un despintado banquito de tres patas, al lado. Y una canasta con jabón de tocador de coco, esponja, sales de baño importadas, una caja grande de fósforos de madera y barcos de papel. El desnudo hijo es un adulto lento, vacío, triste. *Estupefacto*. Mira el agua. Un brazo apoyado sobre el borde de la bañera. Lo mira. Mira el agua.

Hablando áfona desde hace un largo invierno, aparece la madre con guantes de goma color crema (con cruces rojas), ya puestos. Saca de la canasta el jabón, la esponja, las sales de baño. Echa las sales en el agua. Enjabonando al hijo, abruptamente se la oye:

-Estaba como ciega, como él. De aquí, de allá y de mi abuela también. Cómo calienta el sol. Qué alta está la luna. Se perfila tu terrible perfil. Jugo de cáscara. Pasado de rosca. Los bueyes perdidos. Bacán pobre. De chanfle. Esto no se puede decir. Papas en

la boca. No se puede decir papas en la boca. Huevos en la boca. Las muelas como parapetos. Cabal cabalga su cabalgadura. Sufre y sufre, pero no lo sabe. Nunca más otra espantosa noche en vela. Ahora no me sale, pero cuando me salga. No sería noble si no conciliaría. Una estrella en el mar. Cansina, cabizbaja. Una señora de mi casa. Algunos siempre dicen yo. Su cara de madonna de quince años. Encontré los bueyes. Lo deseé con intensidad. Hay que ver cuán agraciado había sido. Supo ser. Alguien me conocía. Me dejaron abandonada en la barriga de mamá. Una señora, pobre señora de mi casa. Qué ordinario siglo. El amor, el alma, la vejez. Cuando chica, después crecí. Vos no sabías que yo no sabía que vos no sabías. Nadapienso todosiento. Las otras chicas también están tan enamoradas. Claudicaremos cuando a nadie le importe. ¿El resentimiento es un hijito moderado del odio?... Espero que él me saque a bailar. Desde

luego que no saben ellos hasta dónde ni cuánto más. ¿Se fijará en mí?... Jamás nunca ahora más adelante. Porque cuando mismo que tal vez. Una se abre, se abre y explota. Me sabría defender a la perfección. De la perfección. Madre para perdurar. No es un secreto para nadie. Sentimentalmente, digo. Y bailamos después.

Signos de inefable tensión en la entrepierna del hijo desnudo. Se oye en simultánea que alguien cae y grita. Y que allí mismo un moscón zumba. La madre refriega la espalda del hijo con la esponja.

-Solazado el árbol de la vida. No confundir tal cosa con libertinaje. El tiempo es un. De las aves que vuelan me gusta la cigüeña. Al sínodo falté, tu cama capturé. Lenguaje abismal. Aplausos. Templo las cuerdas de mi cimitarra. Sáquense el fardo de encima. A ratos una niña. Quién lo creyera. Tan lejos de mí. Jeringozoso. Vacuna contra la. Pura prosopopeya. Sáquenselo, cómanse el fardo. Otro gallo cantarí. Cómo anhelo (no digo qué). La maestra es la segunda madre, el colegio es el segundo hogar. Nos cuesta menos querernos que desquerernos. Las chicas precisamos ser deslumbradas. Un loco, él era un loco para manejar. Un racimo de pituitarias huele mi ramo. Casualmente lo que yo te contaba. Pura pura. Tan

capcioso. Cercanía, cerquita, cerca. Salté. Me reí, me reí como hacía tantos años.

Continúa hablando, pero áfona. Por completo tenso el periscopio del hijo desnudo. Se hace la madre otra vez audible:

-Porque a tu tía no le place. Tenés, Beto, que comprender. Hay límites, hay hasta dónde. Ella es muy celosa, tu tía. Te lo digo con tranquilidad, sin impacientarme. Ella te adora, tu tía. No me hagás renegar. Sabés cómo soy: muy sensible. Quiero que admitas el traspie. Lo siento. Lo todosiento, te vas a disculpar.

Sin dejar de hablar, se sienta en el banquito. Dos lagrimones atraviesan las pálidas mejillas del hijo desnudo. El moscón deserta.

-Sabés que soy recta y cariñosa. Tu tía tiene sus razones. Se halla disgustada. Agraviada. Ella es muy celosa de vos, tu tía. Se afecta y es lógico. Como es lógico que languidezca cuando no la llamás, cuando no la atendés. Ella desea ser consultada, tu tía, requeirida. Y también se ha sacrificado por vos. Todos estamos solos, Beto, en el fondo. No es mucho pedir. Quien más, quien menos. Apenas que no dejes de tomarla en cuenta. Cierta continuidad. Es una señora grande. Vos sos más intuitivo que otra cosa. Los des-

amorados son muy... Eso es condenarse. Aislarse es condenarse. Forjarse es tarea de cada jornada. Bueno, ya sabés como soy. Tu tía no lo merece, ella.

Habla, pero áfona. Enjuaga al hijo. Cimbran los jubilosos testículos del hijo desnudo. La madre extrae de la canasta los barquitos de papel. Los dispone en el agua. Los mueve, los sopla. Extrae de la canasta la caja de fósforos. Como jugando, prende fuego a un barco.

-Y si no, fijáte en nuestra familia. ¡Por algo no fui contrincante!... Astrid me avisó. Desde Goya: me llamó y me avisó. No habrán estado tan maniatados. Hubo irresponsabilidad. ¿Sabés qué pensé cuando me lo contaron?: que fueron estúpidos de una manera desafortada. Ocurrió ya con otro, un primo mío fallecido. La decisión tenés que tomarla cuanto antes.

Sin dejar de hablar, prende fuego a otro barquito. En el grueso y agitado periscopio del hijo desnudo resplandece un hálito tremendo.

-Sé que te cuesta. Pero, por lo menos, nosotros sí con la cabeza sobre los hombros. Tu abuelo la seguiría: "Y con el cerebro dentro de la cabeza". Y que no querés ser áspero ni irritante también lo sé. Sobre todo por el lado de las cuñadas, esas mujeres en chancletas, hay antecedentes. ¡Ah!, esas susceptibili-

dades cuando está revuelto el avispero, no paguemos los justos por pecadores. Con ellas, pies de plomo.

Prende fuego con un mismo fósforo a dos barquitos. Y del ojo del enardecido periscopio del hijo desnudo, brota una salva de esperma que santifica el rostro, la cabellera y los hombros de la madre, y que, asimismo, apaga los focos de incendio.

-Delicadeza, diplomacia y como que estuvo urdido desde antes. De la suegra del hermanastro del Aunario, no hay que preocuparse porque se vuelve a su país. Mejor. Hay un punto que no estaría de más que le fueras buscando la vuelta. Previsión. Para no quedarnos estancados. O un día, zás, nos salen con un domingo siete. Buscarle la vuelta en el sentido de la liberación total de la escritura. Tiene que haber un procedimiento legal. Acortar plazos en estas circunstancias nos favorecería.

Habla, pero áfona, hasta que sacando el tapón de la bañadera, vuelve a oírse la:

-Las palabras son cuerpo. Cómo se ponen estas palabras en la caaaaaavidad. El volumen y el espesor. De chanfle. Como ciega y como sorda, como él. El paladar es irrevocable. Sufría mucho. Ella sabe todo de vos, siempre se interesó. No olvida jamás un acontecimiento, tu tía. Necesita que la mimés. Resti-

tuíle, Beto, restituíle. Cartas en el asunto. Que no te desentendidas.

Es audible el agua pasando por la cañería.

-A alguien le toca, y es a vos. Pueden iniciar juicio y eso crearía molestias. Inevitable. Tenemos que anticiparnos. Llevamos las de ganar pero confiarse es nefasto. Conciliar no es deponer. Tu tía no parece la del retrato coloreado. ¿Olvidó qué preferías, tus antojos? Y vos, nada. La vieras. No es mucho demandar. Cabalga sobre su cabalgadura cabal. Un loco. Con una sola mano manejaba, los cambios con displicencia. La envidia. Liberación total. Y al abogado como primera medida. Al nuestro. Es hábil y experimentado. Hay que pre... pre... Ablandar el texto. De brazos cruzados no se van a quedar. Lo que haya que pelear se peleará. La pecunia. ¡Qué ironía!... No sé por qué ahora me viene a la mente: "Es mejor ahogarse con aire que sin aire". Sin embargo, me oxigenaría (¿o sin embargo?) que no ignoraras. Que mañana no me reproches no habértelo transmitido. El haberme ocultado de vos. (O el haberte ocultado de mí.) Las cosas que podés saber, sabélas.

Habla, pero áfona. El hijo desnudo comienza a ser arrastrado por el remolino. La madre, incorporada, se opone al remolino, tironando del hijo. Vuelve a oírse:

-Entre nosotras nos lo recomendábamos: "¡Es bárbaro, es un forajido!" ¡Se derritió como un helado! ¡Me apresuré cuando apetecía ser derribada! ¡Eso me inculcaron! ¡Sus negocios marchaban, al principio! ¡Hubo varios principios, aunque el primero fue estupendo! Un torbellino. Efecto de rebote. ¡¿Por qué tuve y tuviste secretos para mí?! Ronquido hidráulico. ¡¿Por qué me instabas a una supuesta ambigüedad?! ¡Querido!...

Ya más de medio hijo desnudo ha sido absorbido, succionado por la cañería.

-¡Yo ansiaba que me envolvieras, que me pertenecieras! ¡Te adoré! Y no era manco para... ¡Una hembra sin corazón hubiera resistido!...

Casi todo el hijo desnudo ha desaparecido.

-¡No me apabullaron ni disfrutaron ni desencadenaron! ¿Dónde aprendiste?, nos decíamos. ¡¿Quién tiene que descerrajarse?! ¡Yo era menos oblicua alguna vez! ¡Y sola es como el crimen!...

Cesa de hablar. Cesa el sonido del agua y del hijo pasando por la cañería.

Suicidio

¡Pero no, gordo!... ¿Cómo te voy a mentir!?... dice la mujer. Pero te digo que no. Bebe de una copita chata y de vidrio violáceo que contiene licor de menta. Gordo, pero... Huele el licor. ¿Cómo no voy a saber!?... No te pongas pesado, gordo. Bebe. Gordito, oíme, decíme algo lindo, mirá que me enoja. Huele. Mirá, gordo, que no. Que terminamos. ¿Sí?... ¿Te creés que sos el único?... Bebe, corta la comunicación telefónica, apoya la copita en un estante donde se apilan discos y vasijas, conecta el contestador automático. Resuelve no estar para el gordo. Sobresaliendo de debajo del contestador, tienta a la mujer una carta fechada hace seis años, sábado como hoy. También garuaba.

“Con quién estarás comiendo pizza ahora, que yo estoy solo y no sé qué hacer con las manos, me pica todo. Y vos por ahí, loqueando entre los morrones, dejándote arrastrar por las aceitunas y la Teem. Dejála a Lavalle, qué tanta trasnoche. Vení a rascarme. Vení a ocupar el

lugar de mi colchón, y yo también, no importa en qué orden. Qué no es posible entre nosotros. También podemos comer la pizza acá, sobre la alfombra. Ocupáte de mí, traéte, recordáme en mis mejores momentos. No vive ni muere por vos...”

Con carta y copita, una en cada mano, va hasta la cocina. Bebe un resto de licor y deposita la copita en la pileta. Enciende un mechero con el Magiclic y tras jugar (amenazar) a que quema-no quema la carta, la quema. Tararea y se aplica colorete mirándose en el espejo del botiquín. Orina con parsimonia antes de salir del baño, llevándose el colorete. Busca determinada cartera blanca y grande en el placard del dormitorio. La encuentra y deja el colorete dentro de ella. Extrae una foto y recorre la imagen con el pulgar.

Un “concheta”. Un “rocador”. Me erizo. Me erizaba. No hay nada que hacerle. Es así... ¡Marrano! ¡Un buen

animall!... ¡Qué lo tiró!... ¡Si basta estaba como feliz!... Da vuelta la foto. Lee: “Cuarenta y dos” Cuarenta y dos... ¿qué? Con magnífica sonrisa: ¡Ah!...: veces. Repara en un libro sobre la cómoda, debajo de agendas en desuso. Lee la dedicatoria.

“Esto para que me perdones. No sé qué me pasó. Ando mal. Quiero que me dejes quererte. Cuando sirvo para algo, sólo sirvo para eso. Tengo ganas de llamarte con diminutivos. Si me dejás, lo haría. Nada menos que yo. Sos la primavera.”

Busca entre las hojas del libro. Encuentra una flor seca. Exclama: *¡Todo el folklore! ¡Todo el pintoresquismo! Huele la flor. Pero es... es..., yo me lo creo. Mientras mete la flor entre las hojas del libro, vuelve a exclamar, ahora con entonación campera: ¡Adeeeentro!... Con la cartera, la foto y el libro llega al living. Se sienta sobre un almohadón. Saca de la cartera una foto con un moño insertado en una punta. La rompe por la mitad. Guarda en la cartera la mitad con el moño. Mira la otra mitad. Deja la media foto en el suelo. Busca en la cartera. Saca varias fotografías. Mira la que está encima.*

¡Instantáneo cuando bailaba!... Humedece su labio inferior. Mi primer negro. Con “voz de negro”: ¡Hermosuuuura!... Musita a la fotografía: ¿Dejamos de bai-

lar, acaso?... ¿Alguna vez?... La deja al lado de la primera foto. Mira la que está encima de las que tiene en la mano. El espectacular estúpido. Y todo así. Deja esa foto encima de la anterior. Pone la fotografía de más abajo de las que tiene en la mano, encima de todas. No es divertido dice. Otro mastodonte. Fija su atención en el teléfono. Ya no. Vuelve a la foto. Una semana. Una pingüe semana. Mira la foto que está debajo. Mira la siguiente. Mira la siguiente. Mira la siguiente. ¡Uy, los pibes!... Los pibes y los viejos. Mira la foto que está debajo. Mira la siguiente. Saca un cigarrillo rubio de un atado que extrae de la cartera. Y saca un encendedor. Prende fuego a algunas fotografías que tiene en la mano y a las que están en el suelo, en la pila. Ahora... yo decide. Va al baño, se lava las manos y regresa con una piedra pómez. Se sienta sobre el almohadón. El cigarrillo entre los labios, y aun entre los dientes, sin encender. Desabotona su blusa. Desprende su corpiño y lo desacomoda. Se toma un seno. Seno tatuado: corazón con una flecha atravesada y un par de iniciales. Besa el tatuaje. Comienza a frotar la piedra pómez sobre el tatuaje. Ahora... yo. Luego, deja la piedra pómez en el suelo. Toma la media fotografía. La mira. Toma el encendedor. Le prende fuego. Deja eso. Toma la piedra pómez. Frota

sobre el tatuaje. *Ahora... yo.* Deja la piedra pómez en el suelo. Toma el colorete. Aplica colorete sobre el tatuaje. Deja el colorete en el suelo. Toma la piedra pómez. *Ahora... yo.* Frota sobre el tatuaje. Mira la piedra pómez. Frota sobre el tatuaje.

Viejos

Placita de barrio. Chicos potreando cerca del tobogán y las hamacas. Sol. En un banco sin respaldo un hombre viejo sentado. *Ojos-claros, cejas-espesas, nariz-aquilina*. En el mismo banco una mujer vieja sentada (una “pasita”, toda de negro y con pañuelo en la cabeza). Ella hacia un frente (el césped); él al lado, de espaldas, hacia un sendero. El hojea una lujosa revista pornográfica italiana en cuya tapa luce una jovenísima pareja heterosexual, desnuda y dorada. En la penúltima página la misma parejita luce entretenida en la consumación de un energizante “cunilingus”. Dice el viejo:

-De esta agua no he de beber... más. -Y con un suspiro: - Y moriré de sed.

Los pajaritos cantan. Después, la vieja exclama:

- ¡Qué disparate!

El viejo exclama:

- ¡Querida!... Todavía no conozco tu alma. Pero lo que atisbo llaga la mía.

- ¡Qué disparate! -exclama la vieja.

Pasan tres señoras chismeando por delante del viejo. El las mira alejarse.

-Un culo como para quedarse.

La vieja mira al viejo. Deja de mirarlo. Exclama:

- ¡Qué disparate!

-Piensa lo que quieras y acertarás.

- ¡Qué disparate!

-Me llamé por teléfono: no estaba.

- ¡Qué disparate!

- ¿Es que nunca me atreveré a cortejarte? ¿Nunca te propondré que hagamos el amor? ¿Nunca?... ¿Cuándo será? ¿Será? Supongo que estoy proponiendo que me lo propongas.

- ¡Qué disparate!

El rememora:

-Me las agarraste y yo me dormí sobre tu mano.

- ¡Qué disparate!

-No puede ser. Estoy afligido. -Deja la revista sobre el banco-. No quiero que sea. -Ella queda expectante, suspendida. Mira al viejo. Deja de mirarlo. Poco después oye que él añade: - No. -Ella y su desconcerto. Lo mira. Deja de mirarlo y, anhelando la culminación, vuelve a oírlo: - Caminaba. Pero... peor era cuando no caminaba.

- ¡Qué disparate!

-Es que quizá no haya nada más desolador que una vagina sin reminiscencias...

Azoro en la comentadora. Lo mira y espera, y deja de mirarlo y espera, y vuelve a mirarlo:

- ¡Qué disparate!

Y deja de mirarlo. Tras lo cual vuelve a oírlo:

- ¡Esa gente que ni siquiera se escucha a sí misma! Apagando los ojos, y encendiéndolos abruptamente o caninamente o como que no pueden florecer...

- ¡Qué disparate!

-Me acosté con dos tetas. No estuvo mal. Yo lo advertí.

- ¡Qué disparate!

-Una vez me cansé de traquetearla. Abandoné. Sólo que ella... ya no se quejaba.

Conmovido, mira *hacia* la mujer. Vieja:

- ¡Qué disparate!

El hombre viejo mirándose los zapatos.

-Con el pulgar hasta el mango, hasta la palma, y la palma en el *Monte de Venus*, sujetándola, sin consideraciones, parecía posible levantarla y llevármela a la tumba, pero ahí sí (y eso también parecía posible): para coger, para coger.

- ¡Qué disparate!

- ¿Por qué ustedes se hacen como que lo piensan tanto?

A mitad de camino entre mirar y no mirar al viejo:

- ¿Qué?...

- ¿No es cierto?...

- ¡Qué disparate!

Pasa un vigilante. El se reacomoda en su asiento.

-Éramos unos pebetos maravillosos. Varios estábamos enamorados de mí.

- ¡Qué disparate!

- ¡Vieja!, te llamaba. Y vos eras una muchacha perfumada. Turgente, lozana. En aquel recoveco uno no se sentía de más. Ebúrnea... Yo arrasaba con tu

estolidez. -Sonrisita nostálgica-. Lúbrica... Me acuerdo... -Cede la sonrisita nostálgica-. Yo era tibio...

La esposa no habla ni gira la cabeza. El (trabajosamente) mira *hacia* ella. Extrae anteojos del bolsillo superior de su saco. Se los coloca y se pone de pie. Es alto. Camina hacia ella. Se agacha, la mira. Se yergue. Queda mirando sin ver. Una súbita brisa mueve las páginas de la revista. Tiesa ya, eterna, y tan sentada ella. El viejo mira sin ver. Balbucea:

-Está... Está... -Cree que la ha matado-. Ella... - (No se equivoca: la ha matado) -. Se... Está...

Personajes

De *Rebecca, Una Mujer Inolvidable*, el castillo después del incendio. Acción en todo el predio. Nuestros personajes memorizaron –algunos– sus parlamentos. Hay de los que jamás farfullarán. Incluso un gran puñado no habrá de darse a conocer. Apenas se humedecen cuando diluvia, y las espectrales ruinas no son escondite. Advertimos sobre la conveniencia de aspirar a la aprehensión sintetizadora. Hallaréis acaso humor y descrédito; perspicacia y barullo; fundamentalmente, espejismo. Acaso.

De cara a las olas, La Novia, treinta y nueve años, fogosa. Su vestido anti-inflamable, por detalles en el modelito, nos remite a la década del cuarenta. La fijeza de su mirada se disipa al declarar:

–Mis amigos: en esta escena nos diferimos: para más luego, para otra etapa.

Es de gran estatura, pero no soberbia; es pura,

pero no ignorante; sus pestañas son largas, pero no tupidas. Belígera, en ocasiones. Ríe y se desgrana. Ofertaría sus incontables suspiros a sucesivos postores; y a postores para toda la vida. No es todavía de noche.

–Debo enfatizarlo: tengo un entripado. De no ser así no estaría acá. Con ustedes. Resquebrajándome.

Se pasa la lengua por el labio superior.

–Se me murió el poeta. A él fui prometida. Obsequio y musa. No logró captarme como sí otros hombres. Y como las damas. Muy bajo en el ranking mi poeta. Versos menudos, hálito íntimo. Flaco, clásico.

Sus manos unidas en el ramo de novia.

–El no vino: se me murió. Y me mandaron sola. Me arrasaron sin forcejeos. Ataviada. Hubo emoción. Contenida. ¿Por qué nosotros, por qué ahora, por qué aquí?... Los designados. El ser visuales pronuncia el desafío. Señan con una caricia.

Su vestido: es de cola.

-Encuentran abiertas las ventanas o se arraciman. Soy el móvil. O bien, es preciso que lo sea.

Piensa. Solloza. Debajo de su tocado.

-Mi belleza es una confabulación. Paradigmática. Los menos, agonizan. Los escabulleron. Sustráidos y depositados. Pasan letra o la olvidan. Aquí caímos de pie los sobremurientes. Los imperecederos. Se adivina.

Piensa. Solloza.

-Tuve mis encantos laxos cuando jovencita. Hubo contramarchas. Hoy es de un modo, pero mañana... Un gigante triste mi mamá. Un gigante triste en su cumpleaños.

El Hada Madrina no está lejos. Indescriptible a simple vista. Procura aprender un libreto. Nadie distinguiría las frases que desacomoda, que trueca, que zangolotea.

-“El drama de lo monocorde. ¿Y qué del drama de lo monocorde?... Mi hermana me dio el ultimátum, mi maestro se distrae, mi amante me dejó.”

Repíte. Dos veces.

-“No soy lo que se espera de mí. ¿Quién es lo que se espera, quién lo logra?”

Memoriza sin voz. Hojea nerviosamente. Se sienta sobre una roca.

-“Sé que me dilapidan invocándome. Sabemos hasta un punto. Hasta un punto final.”

Repíte varias veces (como al “padre nuestro” o al preámbulo de la Constitución).

-“Si no nos atuviéramos sería aún espantoso. El desgarramiento. El desgarramiento. El desgarramiento.”

Repíte leyendo. Así como:

-“En efecto, soy quien supone. Admitiré errores y poderíos. Me esfumaré sin lágrimas. Elusiva, muy elusiva. Permitiré que me restañe. No cejaré en mi propósito, si lo tengo. Alucinaré, abdicaré. Me constituyo en cada sílaba. Argucia mínima, apretada. El rey asomará y asombrará. Bello como una bandada. Límite para los circunflejos. Tremolantes los enormes senos de La Monja. Los míos en paz. Los enormes, incandescentes. Ahora, beban. Pero los míos, nunca.”

Subido a un árbol, contempla Oteló las estrellas. Se organiza, siempre se organiza. Su vozarrón estremece. Cuelga de sus vestiduras una larga y lacia peluca blanca.

- ¡Ay, qué solos se quedan los vivos! ¡Qué vacilantes, con tanta mocha reciedumbre! ¡Con tanta descomedida lucidez!

Canturrea:

-“Un Antonio me miró
y un José y un Rafael...”

Sigue:

- ¡Qué impávidos, qué solos se quedan! Apelmazados, estoicos. *Transliterados*. Colinas, inútil terciopelo.

Un mástil, al que se halla atado por una pata, El Pato Salvaje de Ibsen. Con un cable telefónico.

La Novia posa para cámaras fotográficas imaginarias. Estornuda. Arregla su atuendo. Maldice inaudible.

Shakespeare, descalzo. Se despereza. Corretea seiscientos metros hasta donde ha dejado su calzado, en la entrada de la finca. Simula sorpresa al encontrar una bicicleta de carrera (turquesa) al lado de su calzado. Soba a la bicicleta. Retorna cansino a la espesura. Simula dormir. Duerme. Se despabila. Se despereza. Corretea hasta donde ha dejado su calzado.

Simula sorpresa al encontrar la bicicleta. La soba. Retorna cansino. Simula dormir.

Personaje de Schiller: más de un cartelito indica: “Personaje de Schiller”. Denota desorientación. Se saca y pone los cartelitos. También sus prendas.

-Soy los hombros de Wallenstein. Los dedos de Amalia de Edereich, pero, de ningún modo su paladar. El brío y la intemperancia de... Presunto desdichado, romántico y autocompasivo.

Teme a los rayos.

-Temo a los rayos, a la ira.

El Hada Madrina fuma y tose. Los pómulos con esparadrapo.

El Pato Salvaje de Ibsen tironea del cable, lo muerde.

La Novia ha ido descangayándose. Orina creída que lo hace para admiradores.

Shakespeare infla las cubiertas de la bicicleta. Silba. La monta y da vueltas complacido, cabellos al viento. Tiene hambre.

Landrú y La Monja, despatarrados. Una mano de Landrú, debajo de las faldas de La Monja. Palpa.

Otelo palpa su muserola en el ñandubay. Sufre. Se aplica la peluca con esmero exquisito. Se posesiona. Sacúdese, fusiónase. Pronto tendrá sueño.

La Novia ofrenda su ramo a quienes la injurian. Se calman los injuriantes. La besan. La besan y se van.

A El Pato Salvaje de Ibsen le sangran las encías. Traga.

Un corifeo escruta el anuncio del periódico: paredes de una gruta. Pintura abstracta lo matiza. El corifeo no es un lince. Y el periódico -dijimos- no es manuable: "Intelectual rudimentario, aliancista, nada socrático, anhela mantener lazo con joven que se emperifolle dentro de una gama estólida, no afrentosa, alerta a estímulos discontinuos, sin embargo." "Una Empresa hay que se dedica (la nuestra) a subvertir (al destino sería presuntuoso) un cierto ordenamiento de lo fortuito, dentro del campo del cono-

cimiento entre aquellos cuyos proyectos de vínculo sea la unión sexual."

El Hada Madrina gesticula, se rasca. Áfona se encamina hacia La Novia, hacia los animalejos que se dispersan junto con lugareños, gnomos e infinitesimales. La Novia, exangüe, yace. El Hada Madrina le alcanza su libreto. Áfonas gesticulan: macabro. El Hada Madrina, febricitante, se zambulle entre las piernas de La Novia. La Novia se inclina. Lee:

-“El drama de lo monocorde. ¿Y qué del drama de lo monocorde?”

Lee gritando:

-“¡Mi hermana me dio el ultimátum! ¡Mi maestro se distrae! ¡Mi amante me dejó!”

Magallanes es un recién venido. Su simpatía, su exultación... ¿pueden criar adeptos? ¿Cree que es una isla este paraje? ¿Es una isla? Formúlase interrogantes de variada incidencia en la cotidianeidad. Lo trajo el mar. Perora. Lo hizo también al descender de su barca, al aposentarse y reconocer la playa. La playa de juguete. Solázase con la gratitud del vecindario. Trénzase con el rufián, con la doncella. Siempre desde su plinto. Incrépase con tonsurados y correveidiles. Des-

gañítase con las incorregibles, con los bufones. Adora la intemperie. Refriega su prosapia a los empedernidos. Agente viajero.

- ¿Qué es viajar? Viajar es despejar. Desde el lugar común. O la frase: “Nos convendría despejarnos”. Cuando a la aventura de la existencia le birlamos la aventura, no sólo la aventura le birlamos. Hay otro desposeimiento, otro poseer. No se posee la propia existencia si no se la arriesga. Si no se la recorre, si no se la mora. Si no se la viaja, si no se la etcétera.

Landrú y La Monja duermen despatarrados.

Otelo sueña que Shakespeare lo come. Le pasa por arriba, y previamente deshuesado, con parsimonia, lo manduca. Con todos los dientes y en su propia salsa. Ya no sufre, objeto de esa pasión.

Por delante del *telón*, El Personaje de Schiller, ridículo oriflama.

-Únome a lo prístino de su escepticismo. Y a lo prístino de aquélla... -señala a La Monja-, que no cesa de dormir.

La Monja despierta, sobresaltada. Piel blanquísi-

ma. Landrú despierta. La llama, la invita. La Monja sonrío. Sin acudir. El Personaje de Schiller se masajea las sienas. Landrú invita. La Monja acude. Sin sonreír. Se entrelazan encarnizadamente. El Personaje de Schiller se masajea las sienas, ahora, en cuclillas. “*Y cae, cae el cielo a terrones.*”

El ombligo oblongo

1

Alma,
si tanto me has querido,
por qué no dejaste que también tu cuerpo
me quisiera
de vez en cuando,
una vez por mes.

2

Somos todos los mismos. Los hombres se peinan, se disfrazan. E incitan al espacio. Nosotras nos aparecemos como contingencia, médano solidario. Los hombres truecan sus fichas sinuosas: apuestan porque viene de lejos que vienen de lejos; con la implacabilidad de los insoterrados, procuran la esperan-

za y su verde boca: el sueño; si nadie nos desdice, somos los mismos, todos. Los hombres escancian alcoholes, se adormilan, arriman los hombros, inyectan un virus, un detrito libre y proclamado. ¿Y el hambre?... Está allí..., por allí, deglutiéndose (para revertirse). *El hambre es un presentimiento*. (Los soldados y las meseras de otro siglo, las ochavas y los peldaños de otro siglo, imagínense, las reinas y los ancianos de otro siglo; las violaciones y los aparatos de otro siglo, de otro siglo, las plantaciones y los mostrencos de otro siglo, los circuncisos y las apestadas de otro siglo, de otro, y desde aquel, éste es un presentimiento, un hambre.) En el andarivel los hombres y nosotras, los caballeros y la historia; en el andarivel las mujeres y la seda, y en las alcantarillas, los hombres a contraluz (y sus especias); ¿o acaso no es aquello, no viene siendo el horizonte, no vienen siendo los hombres el amanecer?...

3

Por un lado morirse, sí. Eso no se cuestiona. (Por otro, uno no se muere nada; sufre como un caballo; gesticula contra la sombra, topándose; busca alguna amiga -de esas que quedaron en amigas no se sabe por qué- como para contraponerse con la sombra -sombra, fantasma, fantasmón- de la verdadera -¿verdadera?- detentadora de los piolines -sí, piolines-unidos a los cuales uno...) Por otro lado, urdir tácticas ofensivas -contraofensivas, pero que no parecen- de esas para las que somos tan lisamente idóneos cuando no nos dejamos interesar por la persona que -persona, no mujer con la que uno.

4

A ese ser como una casa, amé. Yo creía poco que habría como él alguien. Preveía poco su existencia. Y seguro que no allí, que no entonces. *Allí* era donde decidí estar, quedarme; *entonces* fue únicamente *entonces*, después nunca. Mientras, me estacionaba suave sobre el barro - ¿cuándo se dice decolar?-. Como yo lo amé cuando lo amé...

5

- a) Dinamito el sistema de alarma.
- b) Desafiló los cuchillos que sostienen mi carne.
- c) Contrapunteo con cuerdas idiotas.
- d) (...)

6

Esta chiquita tiene ganas de ponerse nerviosa. Más nerviosa. No lee ni medio. Subió alterada, con chispas. Desde que sacó el boleto, tímida, con los ojos al voleo, flaquita e inquieta no logra sosegarse, no posa casi los ojos en ese libro de texto ni en esa figura o foto, no sé, en esa ilustración. Me atrae que nos mire. Podría aceptarse que hiciera el séptimo grado, pero no, ya debe estar en la secundaria, y así, la presumo justa para emborracharla con una gota. Mira, mira, los muchachos tenemos algo, los otros - nosotros- y los de su edad. Mira corto, sin conciencia, “¿qué hace este libro en mi falda?”, lo cierra, un dedo lo inserta como señalador, “¿cuándo me va a pasar algo?”, ¿cuándo le va a pasar algo? Estos huevos pétreos en un jarrito seco sobre la hornalla van a es-

tallar, van a restallar. La restañaría, en mi clínica de muñecas reconstituiría sus pétalos, la insertaría -toda ella como señalador- en el nomenclátor de la sensualidad, le permitiría confiar, ser alguien, confiar en ella, ser ella, acuciarme, acosarme, y de ahí en más subíme al cuerpo, en qué camilla querés, te bajo el alma, atravieso la foto del libro de texto con un alfiler *misterioso*, admitamos la guerra, bando contra bando, tu crecimiento me preocupa.

7

¿Sabés qué me dijo?... Que yo era, que toda yo era una anguila intensa, a quien no disuadía ni la muerte ni nada.

8

Da terror cuando hacés uso de tus potiches y se te ve, te veo, obstinadamente dándote color, manos de colores encima de tu cara, orejas, cuello, y parece varias veces que ya está, que qué más se puede, pero no, vos sabés muy bien que el párrafo sigue, agregás

eufemismos, sintagmas, trazos, ripio, añadís paréntesis... Yo te sigo, atribulado, tanta escritura, interrumpí por vos, por lo que más quieras el coito con nadie, acabá, decidí que ya estás sumamente hermosa, declárate realizada. Que venga el punto final, mirá, el consabido rebusque, yo ahora te lo escribo: punto final.

9

Cerré la puerta con cuidado, casi ni la cerré,
prendí la luz del corredor, el ascensor estaba en
el piso,
bajé, llegué a la esquina,
allí me puse una pastilla en la boca, recolectaban
la basura,
crucé, doblé, mi casa es cerca, seguiría durmien-
do, ahora *yo* dormiría,
no sabía que me miraría en el espejo largo del
placard, que me desvestiría frente a mí, que el strip-
tease melancólico me remataría y me daría el hacha-
zo terminal, el colofón,
y me pal-pal-paría,
y un café con la desnuda,
y ahora sí.

10

Ahora, hoy, acá, en este bar, me ocupo de mis cosas; desacrosantado me atengo, bajado de la rama, basto, limoso. Bar al que yo concurría con aquella en la que estoy pensando. ¿Y con cuántas otras asimiladas a un paisaje borroso?

Aquella en la que estoy pensando. Aquella en la que estoy pensando no alcanzó tanta historia en este bar; los mozos no la reconocían, yo estaba cansado de vivir, ella de trabajar, pero no es eso. Acaso porque es la más reciente acá (Paraguay y Suipacha). La más reciente adentro de mi bar, adentro de mi cuerpo, adentro de mis nervios; planamente, calcáreamente la evoco, sin gracia, sin calificarla. Es verdad: también camina o mira una vidriera o guía un automóvil; también algo como ella lo hace. Indefectiblemente alguien no es ella (aquella). También aspiro a que cruce por mi aliento o esquina; a que me llame, me espere, me contemple. Buenos Aires sabía mucho de ella. Digo sabía cuando sabía conmigo. Digo que surja la que estoy pensando. Aquellamente invariable que varió. Maniobró hacia el ozono, depuso la credulidad, desfascinada por un espejito corvo no se sobrepuso, me avisó que no podría con ella. Con. Ella.

11

Sí, se ve que sabe, que se regocija. Sí, sabe. Se huele que sospecha. La madre lo crió así. Lo hizo educado y ubicado. Carmen, esa putita desganada, lo extraviaba de su entorno de empanadas de dulce, lo torcía. Hice esa lectura -“*Upa*”- hace mucho. Lo encarajinó al bicho con ayuda de sus manos. No ciegas, no. Sí, de sus manos. Si no hubiera sido por esos dedos suyos procaces, tan de estar sobre todo lo inestable. Sí, lo vi claro. Lo tuve claro cuando la *mamatreto* se ocupó de las fórmulas, de los requisitos: “La hago aquí depositaria...”, “Señorita, aquí la hago depositaria...”, “Aquí la hago depositaria, señorita...” Me extendió a su hijo correctamente. Yo... austeramente parpadeé una vez. Sabía que Carmen, ésa, espiaba. La *mamatreto* dijo... El dijo... Yo dije: sobran las traslaciones (si simplemente nos queremos). Usted me lo cuida, se adivinaba. Yo estoy acá, ¿eh?, la otra. Y bueno, hay que sacar la cara, poner la cara, exponer la cara para recibir al sol y a la luna, para que la intemperie y el encierro se regocijen como él, mi melocotón, yo voy a ser más sabrosa que Carmen, más sensitiva, me decía, que ésa, argüía, que esa insulsa, pero... ¡Mi Dios!, *nunca podré aprender a ser tan insul-*

sa, tan... No, yo soy otra, hay que buscarme, tengo mis valores, y sin embargo nos queremos.

12

Frase: “Tu Maternidad Cabalga Sobre la Montura de la Muerte”. (Además, los chicos sólo ponen a los chicos en foco.) Te reís con toda la cara, intervenís por completo, como cuando me gusta andar *por allí*, completamente. Entra Tal, entra Cual. Cual: virgen y atómico. Los chicos horadan desde su estatura. Mi amor: de los yiros que te conté, una estaba embarazada, muy embarazada. Me disputaban ella y otra. Ganaron las dos. Los tres asistimos al alumbramiento. En esa misma cama de cuerpos encaramados, encaramuzados, cadena pestífera, se abrió de un respingo la enchastrada; fuimos cuatro parientes atónitos, casados al parir, hervidos y arrasados. No las besé más. Ni recibí caricias ni sepulté el sabor terrible de esos huesos en mi *melancolic*. Huí como un hombre. Pagué más, pagué otra vez. Ellas...: las irrestituibles. Sin golondros..., mortecinas, omisas. (Golondro: familiarmente deseo, capricho.) Entra Tal, entra Cual, sin decidir no entrar otros no entran. Aplauden, alar-

dean. Me alarmo porque siempre me alarmo. Pensamos vos y yo cómo se llamarían nuestros hijos, sentimos que serían muy nuestros. Hoy, que no te puedo ver así, no me puedo ver así. De nuestra combinatoria todo lo soñamos: color de ojos del primero, cabello del segundo, la tercera parecida a quién no y etcéteras en un jardín en una fotografía. Empalme rápido con que estuve celoso del aire que respirarías, el enraquecimiento de fragancia obscena por el que te dejarías anidar, la otra que serías si por mí no fueras, cuan beligerante con otro macho gacho, somera con un hortera, atorranta con un lavativa, sensual con uno lindo triste, más plena que conmigo con un amigo. Se cortó la leche, la buena y la mala. Yo estaba embretado otra vez con la clepsidra. Una piojosa que se paró en medio de la calle (y llovía) subió al coche, dijo que se llamaba, que no era rica, que le agradaban las medias finas, que... ¿le permitiría posar su lascivia sobre mí?, que con denuedo dejaría que lo hiciera, espeté; las mamas truculentas y el infame al palo bochorroso; desnuda era peor, vos sos divino, divino, con una como ésa te querrán muchas. Hagamos otra bacanal y gratis, propuso la grasienta, yo antes me la corto, y chupo todavía estalagmitas, una tras otra las yirantas, y chupo todavía.

13

Estaba flojita. Flojita y zumbona. Era un buen dolor. Un dolor bueno. A vos te gustaba mi dolor. Un dolor *precioso*. Miraba para atrás... y sí...: yo era otra. Un riíto a los pies de la montaña, un rulo en mi frente. Empezaba a ser mía de la mejor manera. Te posesionaste de mi cintura, me quebraste y me soldaste, y más, me tiraste lejos toda, me desparramaste, y ahí supe o entreví cuánto era, y cuánto quería constatar cuánto era; y claro, ingenuamente... Te me tirabas, me besabas, había mucho tiempo, me descompaginabas. Quizá olvidé que era mi primera vez, que alguien *violovió* mis sueños (...), con lágrimas, con légamo, con no certeza, con no consigo (...), sin mí.

14

La gente se consuela en plena calle. Se frota. Se mima. Y hunden sus narices en solapas y pechos. Y tragan prendedores, botones, mastican amuletos, auscultan, y en plena calle se abrazan, se lamen las orejas. ¿Qué sé yo de algo?... Hicimos la calamidad.

15

Dime quién eres y te diré quién eres. Yo te creo, amor, yo confío en ti. Sé que ha de ser un duro re-aprendizaje, que la descastada vacila, que en tu molinillo muelo mi fe, que sólo por guitarra canto, intercambio y no muelo nada, y me cobijo, te doy a desconocer entre mis piernas, no quiero vacilar, quién sos, a vos no te conozco, hablá, hablá, disquemos, bailemos este vals, disquemos y por donde sea... ¡perimir la Muuuueerrrte todavía!...

16

Único en el Mundo

Las minas que me vienen de otros tipos
tienen que hacer

al fin

se van
a horario
me vienen de las madres
me vienen de los hijos
de la hermana mayor

tanto?) (No me hago las preguntas desvaídamente.) Ahí estaba yo: en el asiento de cinco, contra la ventanilla opuesta a la puerta de salida, en el colectivo cincuenta y nueve, desde Belgrano al centro. Y es verdad que desde que nos vimos la asolé con sobrio regocijo. *Despejé toda probable brizna, de tal suerte que sólo la deletérea desesperación me granulaba.* Ella y su soltura (enloquecedora), de espaldas a las ventanillas de su lado (y del mío); y así todo el tiempo (me pongo nervioso, quiero que ustedes carguen -háganlo, por favor- nuestras firmes...): intenciones, examen, dejarse por el otro. (Estoy copado, copadísimo, ustedes no saben... Sí, también el sol en la mañana y la lluvia en la ventana; la rosa en su pecho, y sus brazos. Brazos. Ella era -era, era- una mujer para *apretar*.) Y el tipo a mi diestra se las picó y ella enseguidísima sorteó a una mujer y estuvo junto a mí, leía “La Opinión” -los titulares-, se bajó en el obelisco casi, y yo también, y la emprendió por Lavalle, y yo detrás, cruzamos la avenida más ancha del mundo y no caminaba despacio. Se acercó a las puertas de un cine para observar los afiches y aproximándome inquirí si uno podría conocerla. Siguió caminando y yo detrás. Se acerca a otras puertas de otro cine, la campaneó desde la vereda de enfrente y al darse vuelta me ve

pero no durante sólo un instante, y esa mirada era de aquellas otras en el colectivo. Desde luego, todo volvía a ser auspicioso, recíproco, se reenhebraba el collar. Se mete en una galería comercial, yo detrás estimando desde dónde retornar, y se detiene en una vidriera. Regresa hacia Lavalle, sale, retoma hacia el bajo y yo detrás. Me acerco en el cruce con San Martín y digo algo así como que me gustaría saber si tengo chance, y ni bola, ella sigue caminando, y me hinché y furioso desaparecí y *¿qué carajo ahora el estrangulado hago yo alarmarme?...*

19

No sabía chupar ni sabía meterse. Todo en él merecía quedarse afuera. *Bien afuera que esté.*

20

El ombligo oblongo. O. Vista apaisada del ombligo. Té canalla. Varios invitados y ninguno. Ejemplifón. Ejem solo. Casi era un chiste con él. Se hubieran, pocos, atrevido. Mientras que a nada hubiése-

mos llegado. (La pobre se fue con su narcisismo entre las piernas.) Desensatá tu pelo. Él resplandece con una sonrisa de pajarera. Cuando esta flor se abra... ¿Por eso me cuesta?... Tan allá no puedo con mi boca. Subida a los zapatos, sin dificultades. Las púberas pertrecheras empiezan a probar sus caras de interesantes. (Va acunado.) (La ranura genial.) Quejándote: “¡Qué esfuerzo, Dios mío, qué esfuerzo!” Y surge entonces como un anuncio, como un rastro.

Epílogo

Quiero decirle que no hubo impedimentos frontales a causa de lo ya mencionado: el drama volvía a contener un cierto desmedro de incredulidad inquietante, y el testigo de cargo lo registraba a pesar de los desenlaces más desorbitados.

Informe para Emilia Ordaz, La Condición Efímera Néstor Sanchez

En cuanto a tapa, contenido del libro y su autor

Lo creativo se merece una revisada. A la obra creativa no hay de qué curarla.

Bajo la tapa u obturador, R. R. ha acumulado una serie de fotografías de la fauna ciudadana, rectilíneas del efecto a la causa, casos sobre cierto universo de paranoias, alienaciones y otras caras de la normalización humana. En concreto, de la urbana.

La ciudad es un aparato terrible. R. R. es un aparato urbano. Con propiedad aplica su pupila al tema. Descubre que el submarino es el océano. Una gota de tinta basta para mancharlo y R. R. echa a carradas. Fuerza el grotesco. Exagera la ajenidad del drama hasta desconmovernos.

La prosa de R. R. esqueletiza; nos descarna, como aquel cirujano malévolo cuyo estereotipo veíamos en algunas 'series' hoy radiadas. Saca para afuera versiones

intestinas que mezcla a las ya estantes bajo el sol, la luna o las lámparas. Toma gente encerrada y la transparente. Lo opaco pasa a ser reja, en el peor de los casos. Podemos creernos que el mejor de los casos queda afuera o espera en la vereda.

Como cualquier bicho urbano, R. R. se ubica. En la ciudad es así; si no te ubicás, te pisan. Cuando descubrimos a R. R. en su puesto, cargandose de hombros, también tiene al descubierto sus ojos brillando como bisturí. R. R. expresa amor fraterno a la manera del como puede. Con el periscopio en la mano.

Lo subjetivo tañe, tañe y tañe la campana mundana. El mundo suena a alarma, a poética alarma, a príncipe loco, suelto.

Este mundo despierto al que R. R. saca fotogramas, pide a gritos una cura de sueño o un sueño que lo cure. Un sueño que lo cure o un sueño que lo cubra, como cuando un libro se cierra.

Primerizos comentarios

1 - La lente se aparta sobre soledades terribles y luego se cierra; como la gente. Ahí quedan los personajes, auxiliados por el cemento a contener su temblor irracional.

2 - El fotógrafo, o fantasma, cuenta a su favor con calles y puertas para asomarse a ellas, no para huir. Ya han huido las vidas ejemplares, los buenos amores y otros sueños. Esa ancianidad, esa otra ciudad añeja. Esta ciudad es nueva por sus técnicas.

3 - No voy a plantear dicotomías para referirme a estos relatos. Relativizando y graduando aquellas, podría resultar absolutizada la demencia. Todo un hallazgo innecesario.

4 - Por necesidad o accidente, somos incompletos. Nos completa lo que nos falta y somos paranoicos. Corremos a saltar la pared. Lo que falta nos obsesiona y lo que somos nos repugna. Pretendemos que vuelva el pasado y se repita para meterle mano. El tiempo no cura; la costumbre normaliza. Llega R. R.

5 - El hombre urbano ha aprendido que su cuerpo es un aparato, algo un poco bastante más complejo que otros aparatos. La paranoia es de los modos o monos elegidos por la mente para dominar al cuerpo aparatizado.

Uno que le cae rival, reflejo como es de la impiedad externa.

6 - Aquí oímos a los locos razonar, hasta con pudor. Con el pudor que no les tenemos por creer que no se lo debemos. A falta de piedad, humor al menos.

7 - Se trata de una guerra a muerte. Guerra civil; muertos, heridos, mandos estratégicos, cuarteles conspirativos, esporádicamente peligrosos o humanos.

8 - Como planeta que ni fu ni fa va perdiendo su atmósfera, la ciudad se vacía a medida que crece. Qué loca, dejarnos tanto para llenarle mientras se agranda con nosotros.

9 - Los que no creemos en nuestra locura, la pensamos. Es imposible escapar de ese pensamiento, de ese buen síntoma. Como para intentarlo, nos fingimos tan cuerdos como una dosis. No hacerse este cuestionamiento ¿sería estar cuerdos o dosificados?

10 - El príncipe está loco; esa es la gran novela. Ser o no ser. Que si sos o te hacés. Sucintamente. Revagliáticamente.

11 - ¿Hallarle un modo de expresión a la demencia es conjurarla? ¿Es imprescindible? ¿Medir, medicar lo irremediable?

12 - En el mejor de los casos, cuando logramos reconocer nuestros defectos y errores, la mayoría se ha

vuelto irreversible. No sólo nos sentimos monos sino que la reja de la jaula se materializa en nuestras manos. Cuerdamente.

13 - Ni entonces R. R. sonrío. Los primeros cuentos crean como un universo de la paranoia; uno es quien sonrío y mira desde fuera. Pero en los segundos relatos se levanta otro telón. Había otro telón. Esta gente se detiene alrededor, nos reconoce. R. R. está hablando de nosotros. Detrás de los que nos miran, su mirada nos cobija. Nos mete en su zoológico. ¿A cuenta de una medicina preventiva?

Qué me pareció esta locura

El mundo es; no hay que hacerle. Lo primero que debe haber comprendido su creador, si lo hubo, es que implicaba el aburrimiento. Llegó el hombre y vino a ser, con el tiempo, rey de conjeturas y suposiciones. Fijé que no deduzco: demencia en estado puro.

Fijé que lo aburrida que es la porción de presente que nos toca. Conjeturamos que el presente verdadero sucede a otras personas, en otro lado. Que la novela es posible. Cómo no creer en el Génesis.

Por su parte, el buen futuro murió. Suponemos que el futuro es malo pero el pasado es peor. El presente nos

aburre porque es más grande que nuestra capacidad de entretenernos sin tiempo.

Poco es tan perdurable como la esquizofrenia. La llamada normalidad es alguien que pasa de largo por entre gentes rumbo a no se sabe qué. Sería cosa. A cambio, las manías llegan a instalarse en nosotros y a prepararnos para el retrato que nos harán. Lo peor de cualquier cosa comienza por su reiteración. ¿No lo sostenía Borges? ¿O era él, el sostenido? El giro la convierte en rueda. Ruedas que llenan la ciudad y musicalizan. Es preciso vehicular estas ruedas para que en lugar de aplastarnos, nos lleven. Estoy tratando de echar por tierra las dicotomías.

Fabricado o indeseado, todo tiene un final. Sea un sosiego, una temporada de cordura, una dosis de tiempo espeso.

Me pareció que la locura da para mucho. Hasta para hacerle la prosa. R. R. pretende hacerle terapia a esa prosa donde tuvo enredada un montón de gente.

Me pareció que todos estamos enfermos. De verdad; ser como somos es una manía vergonzosa. Caernos simpáticos, parecemos mundanos, para que la manía se nos vuelva endémica.

Es patético que tanto demente no comprenda su demencia. Resultando además, que resulta patético. También lo es que consista en ello uno de los pocos grandes

dramas de la humanidad. Que la cuestión avance y se agudice a medida que avanzamos, lo es. Que seamos lo que no somos hasta reventar en el pimpollo de lo que somos, lo es.

Un proceso, es. Que ya no suena igual, que suena a varia cosa.

Sintomatología

El peor enemigo es el que vuelve. Hasta una persona cuerda puede entenderse, de pronto, prisionera de una noria. Enemigo interior, bomba de tiempo plantada por alguien cercano. En la ciudad se está al tanto de que todo es irremediable. Todo se sabe. No está loca la gente que habla sola por la calle; habla sola porque es sola.

Concorre el síntoma, cunde el desánimo. Pero nadie escapa. Cae la bomba como cae la luz.

No es raro que perdamos el cuerpo y nos arreglemos con pedazos, algunos recuerdos de cuando el cuerpo, entre otras cosas, era nuestro a través de otros cuerpos. Los caracteres se reconstruyen. Lo que otros entierran allá y aquí, acá busca la vista. A menudo es casi cuanto se ve.

El pasado es monstruo grande, pisa fuerte y reina en ese país que habitamos. Ese país que habitamos es adon-

de nos entierran. Aquí es donde nos enterramos nosotros mismos.

El presente es inmenso e imperioso como pocas cuestiones lo son, sin embargo no podemos dejar de habitarlo en el pasado.

Por su parte, el loco nunca pone nombres; usa apodos inconvenientes. Elide. El maniaco no añora, vive su manía. En cualquier lengua, de cualquier edad, es peor que sí mismo; arrastra lo insepulto. Desde su cordura, R. R. también elide. ¿Acaso hay otro lado? Se refiere. Ve y señala. Hagasé cargo cada cual, dice con el espejo en las manos. Mire, entienda, cada cual. Tanto tememos ser nada más que cada uno.

R. R. nos ha ayudado a confesar. Si no le creemos podemos volver, a leer de nuevo sus fotografías.

Oremos

Cuando no podemos acariciar, agredimos. Cuando no podemos amar, odiamos. Quien no alcanza a ser libre se vuelve carcelero, de sí u otros. Sempiternos fracasados aspirantes.

A falta de animales sueltos en la ciudad, unos personajes se dedican a la interinidad. Referencias necesarias si pretendemos humanización también en el averno.

Somos fauna. A falta de piedad, humor. R. R. nos lleva de la manito a que miremos. No reflexiona. Espera que reflexionemos. Espera oírnos. Sus ojos brillan porque tiende el oído y escucha la tensa cuerda que sube y baja. Maneja una ventana. Sueña en el silencio, que un punto perdura, más allá de todo, donde somos completamente humanos.

Delgada línea que sube y baja, la cuerda de al lado, la cordura. ¿Se la puede tañer? ¿Se la podrá tañer? Tienta, como toda cuerda.

Es lindo oír una musiquita; sentirnos comprensivos, comprendidos... algo pío.

Simón Esain. Chascomús, Octubre de 2007



El autor de "Muestra en Prosa" y su epiloguista, fotografiados en las afueras de Chascomús por Flavia Revagliatti, en el verano de 2007.

Simón S. Esain nació en Maipú, provincia de Buenos Aires, en 1945. Fue el editor de “La Silla Tibia”, medio artesanal de difusión literaria. Es coordinador de talleres de escritura. Publicó, entre 1995 y 2000, los poemarios “Indignación de Noviembre”, “Mayo de 1989 o El Humo”, “Musa Interventora”, “El Momento de Ahogarse”. Varios libros de narrativa y de poesía permanecen inéditos. Correspondencia a Obligado 133 – (7130) Chascomús, provincia de Buenos Aires, la Argentina & a simonesain@yahoo.com.ar.

Rolando Revagliatti nació el 14 de abril de 1945 en la ciudad de Buenos Aires. Es coordinador de talleres de escritura. Publicó dos volúmenes con cuentos y relatos, uno con su dramaturgia y quince poemarios, además de “El Revagliastés”, pequeña antología poética personal. La mayoría de sus libros cuenta también con ediciones-e, disponibles, por ejemplo, en <http://www.revagliatti.com.ar>. Correspondencia a Bogotá 2466 – (1406) Buenos Aires, la Argentina & a revadans@yahoo.com.ar.

Datos del libro tal cual figuran en la primera edición :

Diseño: L.J.Silver/1994

Hecho el depósito que establece la ley 11.723
Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

I.S.B.N. : 987-99749-1-3

Stevenson Librería-Editorial

Buenos Aires

República Argentina

Para ver los datos de la presente edición, pinchar **acá**

“Es un libro extraño, muy original y por momentos, sorprendente. No termino de leerlo porque lo releo. Campea una visión teatral por momentos y siempre está la sorpresa, la chispa reveladora que enciende gozo. Felicitaciones pues por esta obra suya en prosa, campo en el cual se maneja con suma soltura.”

Jorge Leonidas Escudero (San Juan, la Argentina, 6.2.1995).

“Verdadero bigbang surgido antes del silencioso aislamiento, luego constelación “socializada” y ahora vuelto a reunir en el ombligo del autor que, sin embargo, otra vez libro, libra a otras socializaciones la nueva parti-tura.”

Enrique Blanchard (Buenos Aires, 29.3.1995)

“Su “Muestra en Prosa” es, por momentos, mareante. Humorístico y grave, desbordante y contenido, caótico y artístico, no da tregua al lector (al menos a mí me ocurrió así) con su acumulación de crónicas que proponen y escamotean, regalan y mezquinan; con su fragmentarismo de hechos y seres que logra globalizar un universo en el que el delirio y el absurdo se insertan sin perder cotidianeidad ni verosimilitud. Percibí de inmediato aluvionales y provechosas lecturas: Kafka, Cortázar, Ionesco, Jarry, surrealismo, objetivismo... por sólo citar las que se me representan como más evidentes. Lecturas a las que, por supuesto, no es ajeno el psicoanálisis. No sé si usted “domina” el idioma, en el sentido ortodoxo, académico. Pero su relación con él es sorprendente. Usted trasunta variados ámbitos de la realidad, que lo han provisto de un exuberante arsenal lexicográfico. Al que agrega lo que sin rubores inventa. A todo esto, preguntará: ¿le gustó mi libro? Le respondo: me atrapó. (...) Su personalidad literaria es poderosa, invasora. Un libro como éste sólo pudo escribirse en una ciudad así, como Buenos Aires, que lo da y lo niega todo, o casi todo.”

Oswaldo Guevara (Villa Dolores, Córdoba, la Argentina, 1.12.1996)

